10903

PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

Trampa y cartón

JUGUETE CÓMICO

en dos actos y en prosa, original

TERCERA EDICIÓN

Copyright, by P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández, 1912

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

TRAMPA Y CARTÓN

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

TRAMPA Y CARTÓN

JUGUETE CÓMICO

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA y PEDRO PEREZ FERNANDEZ

Estrenado en el TEATRO CERVANTES el 21 de Diciembre de 1912

TERCERA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
TELÉFONO NÚMERO 551
1915

A nuestros buenos amigos

Nicolás González Ballesteros

y **Ricardo Uruburu**

con todo nuestro afecto y simpatía,

P. Muñoz Seca.

P. Pérez Fernández.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FLORA	Srta. Riquelme.
JESUSA	Sra. Simó.
DARÍA	López.
TULA	Srta. López Heredia.
DON CALIXTO	Sr. Simó-Raso.
DON MOISÉS	Gatuellas.
DON PONCIANO	Molinero.
DON BRAULIO	Marchante.
PIÑOL	Palma.
MARTÍN	Sapela.
LEÓN	Mancha.
DON FRANCISCO	
TIMOTEO	Bernardos.
JUANITO	Labra.
JACINTO	Niño Girón.
RAMIRO	Sr. Palma.
DON NARCISO	Hidalgo.
CARBONERO	Bernardos.
PANADERO	N. N.

672085

DOS PALABRAS

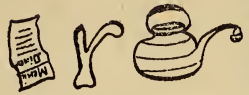
Señores Directores de escena: Esta obra fue estrenada en el Teatro Cervantes de Madrid, con el aditamento de varias películas cinematográficas, impresionadas por los mismos artistas personajes del juguete. Como no en todos los teatros es fácil esto y como al fin y al cabo las películas ni quitan ni ponen en el éxito de la obra, hemos hecho esta edición sin ellas. Conste, sin embargo, que no hay diferencia alguna en el diálogo y que tal y como se estrenó se imprime, como verá el curioso que lea la **nota,** en la que explicamos cómo han de hacerse las películas, a los Directores que quieran impresionarlas.

De ustedes afectísimos y agradecidos amigos,

Los Autores.

A Ricardo Simó-Raso.

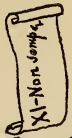
Y



A

1000 Os

X T



Tu Andaluces. — Mugn

y

.

(La solucion al final del libro.)

ACTO PRIMERO

Habitación pobremente amueblada en casa de don Calixto Redondo. Una puerta en cada lateral y una ventana en el fondo. Cerca de la ventana una mesa y sobre ella recado de escribir y algunos planos con figuras geométricas. El mueblaje revela restos de pasada grandeza. Son las doce de una buena y fresca mañana de Diciembre, en Madrid.

Al levantarse el telón está en escena Flora, hija de don Calixto; cose sentada a una modesta camilla.

ESCENA PRIMERA

FLORA y DARÍA

Por la puerta de la izquierda, que es la de la calle, entra Daría, portera de la casa y andaluza gracias a Dios

Daría Güenos y frescos días, señita Flora.

Flora Hola, Daría; sí que hace fresquillo, sí.

Daría Señita, ¡fresquillo yama usté a un regimiento de purmonías a cabayo que s'ha desbocao hoy por Madrí? ¡Compañerita, en mi portería no se puede está! ¡Aqueyo es er Polo! Na, que no me climato yo a Madrí; no me climato y no me climato. Y lo mismito le susede a Titta Ruffo.

Flora ¿A quién?

Daría Güeno, ar gato que me traje de Seviya. Ayí lo tiene usté en er canasto de la ropa liao entre los trapos, que paese un deo malo y con er rabo puesto por jufanda.

Flora ¿Y qué hay de nuevo, Daría?

Daría Cáteme usté aquí en busca de su padre. ¿Está?

Flora Para usted sí está, pero roncando. Se acostó anoche muy tarde. Estuvo en el Real, y luego se pasó ahí dos horas, dándole vueltas a su invento.

Daría ¿Qué está inventando ahora?

Flora Un para-caídas.

Daría ¿Un aparato para caerse?

Flora Para caerse bien. Ahí lo tiene dibujado.

Daría ¡Y que personas de tantísimo celebro se vean tan arrollaos! Pero, mientras su padre de usté no pierda el habla y conserve su buen humor...

Flora Eso es verdad, para dar largas a los acreedores, no hay otro.

Daría En eso don Calixto es el amo. Y cuidado que suben algunos con unas tripitas... Pero ya se sabe, á los dos minutos salen hasta *riyéndose.* Yo al principio creía que cobraban.

Flora ¡Cobrar! Hoy tenemos por todo capital veinte céntimos; lo que ganó anoche en el Real.

Daría ¿En el Real?

Flora ¿No le he dicho a usted que trabaja en el Real? Anoche cantaron *Tannhaüser.*

Daría ¿Pero su padre canta?

Flora No, mujer, es comparsa; salió de peregrino.

Daría ¡Ah, ya! De romero, como disen en mi tierra. Con el hábito, er báculo y la calabasita...

Flora Una cosa así.

Daría ¡Toma! Ahora me explico yo lo de las conchas.

Flora ¿Qué?

Daría Que anoche sobre la una, llamó don Calixto a mi cuarto, y me dió dos docenas de conchas de esas que se usan pa servir esa especie de pomá que llaman bichamel, y me encargó que se las vendiese hoy tempranito en cualquier pescadería. Aquí tiene usté lo que me han dado por ellas.

Flora ¡Una peseta!

Daría Diga usté, señita, ¿es verdá que se ha puesto usté en relasiones con el estudiante del sota-

banco? Me lo ha dicho el amigo de su padre de usté, ese que viene toas las tardes, el abogado...

Flora ¡Ah, sí, don Moisés!

Daría ¡Otro! Otro que debe tené telarañas en la garganta. No ve los garbanzos ni en arreplano.

Flora ¡El hombre!...

Daría La verdá es, señita, que se reune aquí una tertulia que... vamos, no es este entresuelo la Casa de la Monea.

Flora ¡Y que lo diga usted!

Daría En fin, me voy a mi garita. Hoy es sábado, día de ingleses, y voy a ver si puedo pararles a ustedes argunos gorpes. (Suenan unos golpecitos en la puerta.) Estos no hay ya quien los pare. ¿Quién será?

Flora Dios los traiga de su mano. ¿Quién?

Moisés (Dentro.) ¡España!

Flora (Muy contenta.) Es don Moisés

Daría El de las telarañas. (Abre y entra don Moisés.)

ESCENA II

DICHOS y DON MOISÉS, luego LEÓN

Este don Moisés, es un hombre y un aguila, todo en una pieza. Frisa en los cincuenta y lleva con aire resuelto y hasta elegante, su derrotadísima indumentaria. Habla y acciona come debió hacerlo Demóstenes. Como hace frío, trae cerrada hasta muy arriba su ligera americana, con un grueso imperdible

Moisés Buenos días, Florita: para servir a usted, señora.

Daría Buenos días.

Flora ¿Qué tal, don Moisés?

Moisés (Muy contento.) ¿Qué tal, eh? ¿Tú me ves la cara y tú me preguntas qué tal? ¡¡Florita!! Hay fisonomías que hablan, que expresan, fíjate y comprende que estoy mejor que bien, que estoy magnífica, estupenda, apocalípticamente bien. Todo me sonrie. Todo lo veo hermoso. Todo me lo finjo bello. Tú no eres Florita, tú eres una ninfa pagana. Usted no es la portera; usted es una danza-

rina rusa flexible como el junco, de pies ágiles y cuerpo descoyuntado. Usted es un pífano envuelto en una densa espiral de humo que se levanta al cielo.

Daría (Se queda mirándole estupefacta por no haber entendido una palabra y dice por todo potaje.) Quearse con Dios. (Vase.)

Flora Cuénteme usted, hombre; ¿por qué viene usted tan contento?

Moisés Espérate que me quite el abrigo. (Se quita el imperdible y se desabrocha la americana.) Florita, la vida es un arcano; el mundo es una paradoja, y la humanidad es una tontería. ¿Y tu padre?

Flora Otra tontería, si usted quiere.

Moisés Digo, que dónde está tu padre.

Flora Durmiendo.

Moisés No le despiertes. El sueño es estado de gracia. Mientras el espíritu duerme, el cuerpo no protesta, no mortifica, no exige; el cuerpo se chincha.

Flora Bueno, pero ¿qué le pasa a usted?

Moisés Mírame y compréndelo Soy feliz. No me cambio ahora ni por la Chelito. Enfundo mi hoja, rompo mi péñola, y me marcho de Madrid.

Flora ¿Eh?

Moisés A Méxxico.

Flora A...

Moisés ¡Admírame, a Méxxico!

(Entra León.)

León ¿Qué se va usted a Méjico, don Moisés?

Moisés Querido León; simpático y noble León. Un abrazo.

León ¿Pero es posible, Flora?

Moisés ¿Posible? ¡Evidente! Esta noche salgo para Barcelona y mañana embarco en el «Dante» un buque italiano de tres palos, que es una especie de Babilonia que flota y que marea.

León ¿Pero y cómo?

Moisés Una historia. La labor de diez años. Un accionista de la compañía naviera a quien yo tenía frito a pinchazos de a tres pesetas me ha proporcionado un pasaje de ida, para que no vuelva.

León ¿Pero qué piensa usted hacer en Méjico, don Moisés?

Moisés Yo, nada; ni siquiera pienso desembarcar, esperaré a que me desembarquen si quieren. Pero durante la ida... ¡cómo! ¡Cómo me voy a poner, Florita! ¡Cómo! ¡Con lo que se come en los barcos! ¡y en segunda! ¡Y barco italiano! ¡Macarrones!

León Bueno; don Moisés, no divague usted que estoy en ayunas.

Flora Voy a despertar a papá. El notición lo merece. (Se va.)

León Se va a morir de envidia don Calixto cuando se entere.

Moisés ¿Envidia? ¿Envidia en Calixto? ¿Envidia en mi maestro? Usted no conoce a Calixto Redondo, amigo mío. Calixto no puede envidiar a nadie, y mucho menos a mí, ¡pobre átomo! Calixto es la más grande mentalidad de nuestro siglo.

León Como mecánico.

Moisés ¡Como hombre! Calixto posee todas las ciencias; no trabaja y vive; debe y no paga. ¡Es un genio! En otro siglo hubiera sido un Balboa, un Colón, un Cortés, un Almagro. Pero ha nacido en el siglo de los Gallos, y en estos tiempos no prospera el genio. Viviera hoy el propio Almagro y, al verlo junto al Gallo, tendríamos que exclamar: ¡Ved al Gallo triunfante, ved a Almagro indigente! ¡Qué rico el Gallo! ¡Qué lejos Almagro de la prosperidad!

León Regular, hombre.

Moisés ¡¡Calixto!! Joven, aprenda usted de él. ¡Pasma! Es altivo con el humilde; es sencillo con el poderoso; es catalán con los catalanes.

León Veo que lo admira usted.

Moisés ¡Le adoro, León! Su verbo flúido, cálido, arrulla, entusiasma: tiene la energía de un Maura y la música celestial de un Melquiades.

Flora (Saliendo.) Ya viene papá, se ha puesto contentísimo al saber la noticia.

Moisés ¿Ve usted, joven? Se ha puesto contentísimo. ¡¡Es un corazón de novicial!

Flora (A León.) ¿Y usted hoy no estudia?

León No puedo. Es sábado y los sábados prefiero alejarme de mi cuarto para evitar encuentros desagradables.

Moisés ¿Deudas?

León Sí, señor.

Moisés Pues muy mal procedimiento, querido amigo. Yo hacía lo propio, y él, el genio ¡Calixto! hubo de decirme... Estas son sus palabras: «El acreedor es como el toro, Moisés, y del toro no hay que huir porque corre más que nosotros y nos alcanza; hay que quebrarle, engañarle con el trapo; castigarle para que se aplome, y una vez cuadrado... tirarse y pedirle más dinero » Esta es su doctrina.

León Bueno; yo prefiero subirme a un árbol.

Moisés Usted es carne de acreedor, pollo.

León Aquí está ya papá.

Moisés ¡Guardia, formad!

León ¡Jesús!

Moisés ¡Paso al rey!

Flora ¡De la trampa!

Moisés De la trampa, ¡pero el rey!

ESCENA III

DICHOS y DON CALIXTO

Cal. (Sale por la derecha,) ¡Un abrazo, querido Moisés!

Moisés Uno, no; ciento.

Cal. ¡Enhorabuena! ¡Buenos días, vecino. (A León,) ¡Conque a Méjico, eh, a Méjico!

(El Gran Calixto, hombre de cincuenta años y de cara extremadamente simpática, viene con una «toilette» verdaderamente estrambótica. Calza unas zapatillas rojas de fieltro, toca su cabeza con un gorro casi egipcio y se abriga con una especie de sotana con esclavinas de un color pardo. Es el hábito de peregrino de «Tannhaüser». que «distraídamente» se trajo a su casa la noche anterior. Por cierto que en la parte de la esclavina que corresponde a la espalda ha dejado, sin duda por descuido, una magnífica concha.)

Moisés Chico, estás verdaderamente fantástico con ese indumento.

Flora ¿De dónde has sacado eso, papaíto?

Cal. ¡Os asombrais de todo! Pues apenas si tiene años esta bata.

León ¿Es bata?

Cal. Sí; está un poco pasada .. pasada de moda. Cuando me casé, la pobre Concha se empeñó en que me la hiciera, y desde entonces la conservo. La uso muy poco, ¡trae a mi memoria tan tristes recuerdos!... Siempre que me la pongo parece que tengo a la pobre Concha delante. (Se vuelve de espaldas como para ocultar una lágrima y enseña la concha que lleva cosida a la espalda.)

Moisés Pues chico, la tienes detrás.

Cal. ¿Eh? (Comprendiendo.) ¡Ah, ya! (Arrancándosela de un tirón.) ¡Sí! (Con la mayor frescura.) Es que las quité anoche en la portería, y por lo visto... no la hube de haber visto... (A Flora.) Escucha, ¿te ha dado algo Daría?

Flora ¿Quién?

Cal. Daría, la portera.

Flora Una peseta.

Cal. Poco es. Yo creí que Daría te daría algo más. Si sé que iban a dar tan poco por las conchas no se las quito. Vestían muy bien. (Sonriendo a Moisés y a León e indicandoles el hábito.) Del Real.

Moisés ¡Ah!

Cal. Hicimos anoche *Tannhaüser*. Al salir llovía a cántaros; parecía la calle una alberca y me dije: bueno; por si hay que hacer el galápago me llevaré las conchas.

Moisés ¡Es un coloso!

Cal. No crean que me remuerde la conciencia; es mucha explotación la de aquella empresa. En la Princesa da gusto; tenemos una Princesa que da una peseta; pero tenemos todo un Real y no da más que veinte céntimos. Y en óperas como *Tannhaüser* menos mal; pero en *Aida,* que cuando no cargo con el buey Apis, tengo que arrastrar del animal de Radamés... está muy mal pagada la comparsería.

Flora Menos mal que tú te cobras.

Cal. ¿Lo dices por el hábito?

Flora Por el hábito que tienes de traerte lo que puedes.

Cal. ¡Mujer, quien te oyera!...

Flora La otra noche se trajo esa zalea.

Cal. ¡Claro! Hice de Nibelungo en *El oro del Rhin*, estuve toda la noche con la zalea á cuestas perfectamente abrigado y no iba a quitármela al salir a la calle para pillar un lumbago o una pleuresía.

Moisés (Entusiasmado a León.) ¿Ve usted qué hombre?

León Se cuida, sí, señor.

Cal. En fin; hablemos de tu viaje. De manera que a Méjico y en el *Dante*, que hace más escalas que la Barrientos... Bueno; no hay quien te quite cuarenta días paradisiacos.

Moisés ¿Cuarenta?

Cal. Cuarenta.

Moisés Figúrate; estoy que deliro de emoción, Calixto: puedes creerme. ¡Parto feliz! ¡Parto feliz!

Cal. Y la cuarentena que te espera.

Moisés Faraónica, baltasariana, heliogabálica.

Cal. Embarcas en Barcelona...

Moisés Me voy esta noche en el correo.

Cal. Vete en el exprés: yo te indicaré cómo y te diré también el procedimiento de comer en el tren sin la molestia de pagar la comida. Luego hablaremos.

Moisés ¡Qué grande eres, Calixto!

León Oiga usted, don Calixto, ¿cómo lleva usted su invento?

Cal. A pedir de boca. Es el «abecé» de la mecánica. El huevo de Colón. (Toma uno de sus planos.) Vean ustedes. Hay una fuerza impulsiva, el peso del cadente y una fuerza de resistencia, el triángulo, contrarrestante u opositorio. Aquí está: Hipotenusa: K Y-T-2-4 y 6. Catetos: A-B-C-1 3 y 5, y la diagonal, O-P. Son resistencias que se complementan: ¿Que por un impulso del cadente me falta la hipotenusa? pues B-T-A... ¿Que me faltan los dos catetos? pues 2-K-T... a cada uno. ¿Que me falta todo el triángulo? pues me queda una última resistencia: A-P-A-T.

Moisés Que es lo más seguro.

Cal. Bueno; esto no tiene más que un objeto: sacarle un par de paraguas a un amigo para hacer el experimento. No sabes lo que me ilusiona tener un paraguas.

Flora Oiga usted, don Moisés, ¿no tiene usted miedo a marearse?

Moisés No, Florita; a mí el mar no me marea.

Cal. A este es el hambre el que le marea la mar. (Suenan unos golpes en la puerta de la izquierda.)

Flora Han llamado.

Moisés Sí.

Cal. Algún hijo del... Albión, por no decir otra cosa más gráfica.

León ¿Abro?

Cal. Despacio, pollo: la puerta, como la misa; al tercer toque. Puede ser un equivocado y hay que concederle tiempo para la rectificación. Abrigarse. (Se dirige a la ventana del fondo.)

Flora ¿Qué vas a hacer, papá?

Cal. Ventilar.

Flora Con el frío que hace...

Cal. Precisamente por eso. Si el inglés es friolero... entra; la puerta abierta, la ventana abierta, la corriente traidora... se enfría, estornuda... ¡No para!

Moisés ¡Qué hombre!

León La verdad es que, teniendo tantas deudas, no sé cómo vive usted en un entresuelo. ¡Está el cuarto tan a la mano!...

Cal. Todo está previsto, joven imprevisor; usted no sabe lo que es un acreedor cuando sube cien escalones y no cobra.

León ¡Llega ahogado, hombre!

Cal. Pues por eso; se sienta, descansa, se desahoga y hay que temer al desahogo natural de un inglés.

Moisés Es un genio. (Vuelven a llamar a la puerta.)

Cal. No es un equivocado. Insiste.

Flora ¿Abro?

Cal. Abre. Los golpes me han parecido amistosos. Quitaros de la corriente. (Flora abre la puerta.)

ESCENA IV

DICHOS y JACINTO

Entra Jacinto, chico como de quince años, aprendiz de zapatero, que trae un par de botas de charol en la mano

Jac. Buenos días.

Cal. Hola, muchacho; pasa, cierra y cúbrete.

Jac. ¡Anda la osa! ¡Si no me he descubierto!

Cal. (Remedándole.) ¡Anda la osa, si ha sido una indirecta!

Jac. Su señoría dispense. (Se quita la gorra.)

Cal. (A los demás.) El chico es ameno y miscelá-neo, ¿eh?

Jac. ¡Se vive!

Cal. ¿Qué traes?

Jac. (¡Rediez, la Siberia!) Las botas.

Moisés (¡Botas nuevas! ¡Se atreve a encargarse botas nuevas!

Cal. ¡Hombre, mis botas! Trae. ¡Ya sonó la hora!

Jac. Disimule el señor, faltan unos cuartos.

Cal. Eres listo.

Jac. ¡A ver qué Soriano va a hacer uno! Figúrese su excelencia que soy el encargao de llevar el género a casa de los tramposos, sin que esto sea señalar...

Cal. Bueno, bueno; vengan.

Jac. (Ocultando las botas y largándole la cuenta.) Tome usted.

Cal. ¿Qué es esto?

Jac. El *vermú*, u séase la cuenta. El maestro, que no es más que un acémila que no ha tenío roce con personas pudientes, me ha dicho que no le deje el calzado si no lo paga, y yo lo traslado a usía para los efectos oportunos, etc., etc.

Cal. (Este niño es el niño prodigio.) (Coge la cuenta y la deja sobre la mesa.)

Moisés (A León.) Le ha fallado la combinación.

Cal. Prudente y previsor es tu maestro. Veo que es un zapatero que toma sus medidas, sí, señor; pero no se ocultará a tu claro juicio, que sin probármelas no debo satisfacer su importe; podrían no estarme bien...

Jac. Si es para probárselas... (Le da las botas. Don Calixto las examina, hace gestos de complacencia y se las pone.)

Cal. Vamos a ver. Cierra la ventana, Florita.

Jac. Sí, que hay aquí un fresco...

Cal. Tres.

Jac. ¿Eh?

Cal. Tres bajo cero. (Flora cierra la ventana.)

Moisés (A León.) Ahora se las prueba, dice que le aprietan, las devuelve y queda como el propio Salomón.

Cal. (Con las botas puestas.) Hombre, es verdaderamente raro; esta (Por una bota.) me está muy bien, pero esta otra...

Jac. *¿Apreta?*

Cal. *Apreta* un horror.

Jac. Con meterla en la horma....

Cal. (Quitándose una de las botas.) Sí, toma, que la metan en la horma. Di a tu superior jerárquico... ¿tú sabes?

Jac. Chino sé yo. No le digo más.

Cal. Pues le dices que el martes me pasaré por allí, recogeré la bota y le abonaré la facturita. Que no se moleste en mandármela; yo mismo iré.

Jac. (Recogiendo la bota.) Está muy bien.

Cal. Pollo sabio, que te dejas aquí la cuenta. (Se la da.)

Jac. Se estima. Pero venía sin firmar. No es más que un papel mojao. (Recogiéndola.) ¡Rediez, sí que es un papel mojao! (La sacude y vase hacia la puerta.)

Cal. Adiós, hombre, adiós.

Jac. (Haciendo mutis.) ¡Como no se queda más que con una... (Se va.)

ESCENA V

DICHOS, menos JACINTO

Cal. Florita, acércame la bota que dejó ayer el otro zapatero. (Florita hace mutis por la derecha y sale a poco con otra bota nueva de charol.) Chico; es el gran sistema.

Moisés ¡Cómo!... Pero te vales de...

Cal. ¡Naturalmente, hombre! Es de un resultado

sorprendente. El zapatero que conserva una bota tiene fe en el deudor, mientras el deudor no se queda cojo y espera. (Con las botas puestas.) ¡Me ha reventado este zapatero!

Flora ¿Por qué, papá?

Cal. ¡Nunca hacen las cosas a gusto de uno! Una bota es de horma inglesa y la otra de horma americana. (Suenan unos golpes en la puerta de la izquierda.) ¿Eh? ¡Demonio! (Nervioso, inmutado, abre rápidamente la ventana.)

Flora ¿Qué es eso, papá?

Cal. Nada, nada...

León ¿Se ha inmutado usted?

Cal. No, no...

Moisés ¿Tiemblas, Calixto? ¡¡Tú!!

Cal. (Bajando la voz y en melodrama.) ¡¡Sí, tiemblo!! Esos golpes, Florita, son suyos, ¡¡suyos!!

Flora (Aterrada.) ¡Don Ponciano!

Cal. Sí.

Flora ¡Dios mío!

Moisés Calma, Calixto, calma.

León ¿Quién es don Ponciano?

Cal. El único acreedor a quien yo no domino. ¡El único! Un tío que no reconoce otro imperio que el de la fuerza, ni otra ley que la de sus puños, un hombre ¡fiera! (Suenan dos golpes horribles.) ¡¡Fiera!!

Moisés ¿Un inglés?...

Cal. Sí; pero un inglés que boxea.

Moisés ¿Tan terrible es, Calixto?

Cal. Mientras él no pierde la esperanza del cobro y habla de la deuda... es un inglés como otro cualquiera; pero cuando viene a treinta atmósferas y te mira camaleónicamente, y se frota las manos, y te dice con una sonrisa de hervíboro: hoy no vengo a hablar de dinero, hoy vengo a conversar con el amigo... no pidas los Santos Oleos, porque llegan tarde.

Moisés ¡Diantre, cuando tú le temes!... ¿Le debes mucho?

Cal. Cinco mil... (Dos golpes tremendos.) ¡¡Porras!! (Bajando la voz.) Cinco mil pesetas. (Sigilosamente se acerca a la puerta de la izquierda y aplica el oido. En el mismo instante nuevos golpes le hacen saltar en seco.) No, no es.

León Menos mal.

Cal. Es don Braulio el casero.

León (Apuradísimo.) ¡Abrete, tierra! Y yo que he venido huyendo de él.

Cal. Abre, Flora.

León No, por Dios.

Cal. No tema usted, joven. Está usted en mi casa. (Flora abre la puerta y entra don Braulio, que es un viejo más serio que un retrato al carbón.)

ESCENA VI

DICHOS y DON BRAULIO

Brau. Buenos días.

Flora Buenos días.

Cal. ¡Querido don Braulio! ¿Cómo le va? (Medio le abraza.)

Brau. (Advirtiendo la presencia de León.) ¡Hola, está aquí don León Delgado! Lo celebro. Mataré así dos pájaros de un tiro; ¡dos pájaros de cuenta!

Cal. (Dándole palmaditas cariñosas.) ¡Ja, ja!... ¡De cuenta! Usted siempre alegre y con un chiste en los labios. Siempre de buen humor.

Brau. ¡No, no! De buen humor no. Todo lo contrario.

Cal. ¡Ja, ja!... Todo lo contrario y se ríe.

Brau. ¿Que me río? ¡Señores, que me río! No es posible reir. Pues bueno vengo yo para reir. Acabo de tener una, con la del bajo, la señora Oliva la cacharrera, que me río yo.

Cal. ¿Ve usted cómo se ríe?

Brau. Usted me entiende. ¡Esto es ya demasiado! Se han creído los inquilinos que esta casa es del dominio público. Todo el mundo está aquí atrasado. Mañana comienzan los desahucios.

Cal. ¡Vamos, don Braulio, un poco de paciencia!

Brau. ¡Qué paciencia ni qué joroba! Me están ustedes amargando la existencia. Me paso los días pensando en esta dichosa casa; que si éste, que si el otro, que arriba León, que abajo la Oliva...

Cal. ¡La farruca!

Brau. ¡La joroba! (Don Moisés ríe a carcajadas.) ¿Eh? (Presentándole) Don Moisés Gil, Catedrático de Física, que me ha ayudado a descubrir la Redondina. (Se saludan con una inclinación de cabeza.)

Brau. ¿Eh?... ¿La qué?...

Cal. La Redondina, o la Calixtina, porque dudo cómo llamarla. Precisamente al entrar usted explicaba en qué consiste mi invento.

Brau. Bueno, mire usted, yo.. a lo mío. Necesito que me fijen ustedes de aquí al martes...

Cal. Un momento. Siéntese. (Le quita el sombrero que conservaba puesto.) No se moleste, yo se lo colgaré en la percha. (Don Braulio, atónito, deja hacer.) Siéntese. (Le sienta frente a la traidora ventana.) ¡Aquí, ajajá!

Brau. Es que está esto que pela. (Se levanta.)

Cal. ¿Frío aquí? Señores, ¡frío aquí!

Moisés ¡Hombre!

Cal. Es usted la única persona que lo dice. ¡Con lo bien orientada que está la casa, y lo espeso de sus muros que refractan, refractan... Siéntese, es un momento. (Don Braulio se sienta.) Pues sí, amigo mío; como os iba diciendo: era lógico admitir que existiendo substancias que no dan paso a la luz y que no conducen la electricidad, debía también existir una substancia que aislase de la gravedad. Y ese es mi descubrimiento, la substancia aisladora de la gravedad: la Redondina.

Moisés (¡Qué imaginación!)

Cal. La Redondina, interpuesta entre el centro de la tierra y un cuerpo cualquiera, priva a éste de su peso. Yo envuelvo este tintero con una capa de Redondina, lo dejo en el aire, y en el aire se queda. No pesa, no cae.

Brau. (Estornudando,) ¡Demonio! (Se levanta, cierra la ventana y vuelve a sentarse.)

Cal. (Se constipó.) Y he aquí lo práctico de mi invento. Construyo un poliedro de grandes dimensiones y con muchas caras. Encierro en él muebles y víveres, le abro una ventana en cada faceta, me meto dentro, cierro las ventanas, y el poliedro, libre de la acción atractitva terrestre, se separa de la tierra y

flota por los ámbitos como un planeta artificial. Que quiero ir a Marte, pues abro la ventana que mira a Marte, (Abre la ventana.) me asomo a la ventana, Marte me atrae y... ¡á Marte!

Brau. Se estrella usted, porque la acción atractiva crece conforme disminuye la distancia y se estrella usted en Marte.

León Pues sí que es un viaje.

Moisés (¡Lo ha callado!)

Cal. ¿Y los frenos? Me quito de la ventana que mira a Marte, la cierro, abro la del lado opuesto, me atraen otros planetas, disminuye la velocidad y me poso en Marte blandamente como una mariposa.

Moisés ¡Qué deleite!

Brau. Pero. .

Cal. Para nosotros, amigo don Braulio, no hay ya límites; no hay abismos.

Moisés Visitaremos la luna.

Cal. ¡Ya lo creo! Y estudiaremos la marcha, el movimiento de los astros; cómo se mueven las cabrillas, cómo giran las Marías, cómo rota la Osa mayor; bueno, la Osa no rota, anda, ¡anda la Osa! Ya lo dijo Flammarión.

Moisés Iremos a Júpiter,

Cal. Construiremos un Palace en Neptuno.

León Invernaremos en Venus...

Cal. Y veranearemos en Mercurio.

Brau. (Estornudando de nuevo y levantándose.) Bueno; yo dejo a ustedes. De manera que quedamos en que me pagarán ustedes en Martes.

Cal. O en la Osa mayor, amigo don Braulio; para mí ya no hay distancias. ¡El mundo es mío!

Brau. Pues volveré el Martes. Hasta el Martes.

Cal. Hasta el Martes.

Brau. Voy a continuar la visita por los cuartos.

Flora Vaya usted con Dios. (Vase dejando la puerta abierta.)

Moisés (Abrazando a don Calixto.) ¡Calixto, eres sublime!

León (Lo mismo.) ¡Gracias, don Calixto! ¿Cuándo pagaré a usted este favor?

Cal. ¡Quien sabe, hombre, quién sabe!

(Los tres en estrecho abrazo no ven que entra Piñol, catalán con cara de sacristán y ademanes de fraile hu-

milde. Es una malva; viene enfadado, pero no puede dejar de ser una malva. Es un suave, Dios nos libre de ellos. Amén.)

ESCENA VII

DON CALIXTO, DON MOISÉS, LEÓN, FLORA y PIÑOL

Flora ¡Papá! ¡Piñol!

Cal. ¿Eh?

Flora El sastre.

Piñol (Con marcado acento catalán.) Buenos días.

Cal. (Acercándose a él, muy contento, alargándole la mano y hablándole también con acento catalán.) ¡Querido paisano! ¡Dichosos los dos ojos!... ¿Qué tal, hombre, qué tal? ¿Cómo vostet por aquí?

Piñol Músicas no, porque no estoy para musiquitas. Menos cobeo... y mas pesetas. Me paga usted o de aquí mismo voy al juzgado.

Cal. ¿Eh? ¿Cómo? Pero, querido Piñol, ¿voy a pagarle a usted dos veces?

Piñol ¿Eh?

Cal. ¡Si el lunes le mandé a usted el dinero con mi dependiente!

Piñol ¡Falso!

Cal. ¡Claro!

Piñol ¡Y tan claro!

Cal. No; digo que claro ¡claro, el lunes!

Piñol ¿Con el dependiente? ¡Diguili qui vingui!

Cal. (A León después de mirarle severamente.) ¿Qué dices tú a eso?

León (Perplejo.) ¿Yo?

Cal. ¿Qué has hecho con el dinero, muchacho?

León ¿Eh? Pero...

Cal. Tú estabas delante, Florita; tú lo viste, Moisés. Le dí cincuenta duros para don Matías y cuarenta y nueve pesetas para Piñol.

Moisés Sí, hombre, sí, hasta se los escribiste en un papel. ¡El lunes!

Cal. ¿Qué has hecho con esas pesetas?

Moisés ¡Contesta!

León ¡Ah! ¿Pero alude usted a... lo del lunes? Pues usted es el que debe contestar, don Moisés.

Moisés ¿Yo?

León Me pidió usted diez duros diciéndome que me los devolvería por la noche; yo me dije, lo mismo le da a Piñol cobrar a las tres que a las ocho... y usted no me ha devuelto el dinero, ahora que me acuerdo.

Moisés ¡Caramba, hombre! Tienes razón. ¿Pero por qué no me lo has recordado? (A Piñol.) Sí, hombre, espere usted.. no, no tengo aquí dinero; vaya usted a cobrarlos esta misma noche. ¿Tienes ahí un papel, Calixto?

Cal. No.

Piñol ¿Sirve este trozo? (Por un papel de su cartera.)

Moisés Sobra. (Sentándose a la mesa.) ¿Su nombre de usted?

Piñol Elías. (Don Moisés escribe.)

Flora (Aparte.) ¡Dios mío! Cuál será más embustero de los tres?

Moisés Tome usted. (Leyendo.) «Querido Mariano: entrega a don Elías Piñol cincuenta pesetas que le adeudo, Moisés Gil.» Aquí están las señas de nuestro establecimiento. Pez, uno.

Piñol Ha puesto usted cincuenta pesetas y no son más que cuarenta y nueve.

Moisés ¡Es verdad! ¿No habrá por ahí otro papel? Porque si tacho o raspo le van a poner a usted dificultades...

Cal. Que te dé el amigo Piñol una peseta y es lo mismo.

Piñol Tiene usted razón. Tome. (Le da una peseta a don Moisés.)

Moisés Estamos en paz todos.

León Quiá, no señor; a mí me debe usted una peseta; yo le dí cincuenta.

Moisés Es verdad; sí, toma. (A Piñol.) Vaya de ocho a nueve.

Brau. Sí, señor. Vaya, buenas tardes.

Cal. Adiós, Piñol.

León Vaya usted con Dios, Piñol. (Vase Piñol.)

Cal. (Abalanzándose sobre León.) Tú, niño, esa peseta...

León ¿La... quiere usted?

Cal. ¡Con delirio! Trae. Tú, Florita. Yo creo que con dos veinte podremos comer opíparamente.

Flora ¡Ya lo creo! Venga esa peseta. Bajaré a la compra en un salto. (Toma un pequeño cesto.) ¡Ya estoy de vuelta!

Moisés ¡Florita! ¡Vegetales no! (León despide a Florita con un suspiro.) ¡Eh, ensimismado amigo!

León ¿Qué?

Moisés ¿Qué opina usted de un paseíto por la Bombi con su correspondiente baño de sol?

León ¡Hombre, me parece muy bien!

Cal. Id vosotros. Yo no puedo salir.

Moisés ¿Esperas a don Ponciano?

Cal. ¡No me lo nombres!

León Oiga usted, don Moisés. Antes del paseíto, ¿quiere usted subir a mi cuarto?

Moisés ¿A palo seco?

León No, señor, voy a regalarle a usted un cuadro, unas monedas falsas y unos brillantes *ful* para que los *pula* en Méjico.

Moisés «En el tomar no hay engaño» «más vale un toma que dos te daré.» ¡Vamos arriba! (A Calixto.) ¿A las doce se come aquí, verdad?

Cal. ¡Sí, cuando se come, se come a las doce para no perder la bendición del Papa!

Moisés Hasta luego.

León Hasta las doce.

Cal. Id con Dios. (Tomando las zapatillas que hay en el suelo junto a la mesa.) Quitaré esto de enmedio porque si viene el que pretendió vendérmelas se las va a querer llevar. (Hace mutis por la derecha. Mientras don Moisés ha estado abrochandose su abrigo.)

Moisés (Abre la puerta de la izquierda y se topa con don Ponciano.) Pase usted, caballero. (Entra don Ponciano.)

Pon. Muchas gracias.

Moisés A sus órdenes.

Pon. ¿No está el señor Redondo?

Moisés Sí, señor; ahora saldrá. Con su permiso...

Pon. Sí, señor.

Moisés Buenas tardes.

León Buenas tardes.

Pon. Para servir a ustedes. (Mutis de don Moisés y León.)

ESCENA VIII

DON CALIXTO y DON PONCIANO

Don Ponciano, al verse solo, mira a su alrededor, como experimentando una sensación desagradable, y al ver abierta la ventana del fondo, se dirige a ella y la cierra. En este momento entra Don Calixto en escena

Cal. (Más muerto que vivo y apoyándose en el bastidor de la puerta para no caer desfallecido.) ¡¡Don Ponciano!! (Este don Ponciano es un señor de unos cuarenta años, de facciones muy duras, de gesto agrio, de voz destemplada, de mirada agresiva, de musculatura fuerte. Viste bien, sin elegancia, pero bien.) ¡¡Y cerrando la ventana!! ¡He fallecido!

Pon. (Advirtiendo la presencia de don Calixto.) ¡Amigo Redondo!

Cal. (Tembloroso y palpitante, como dicen en «Bohemios».) Don Pon... Pon... Pon...

Pon. ¡Hombre, no se asuste usted, que no me como a nadie!

Cal. Es que salía sin .. y como... como... ¿cómo está usted, don Ponciano?

Pon. Muy bien, muchas gracias, ¿y por acá?

Cal. Bien, bien; Florita ha salido hace un instante; pero voy a llamarla, y... siéntese; voy a llamarla, vuelvo, espéreme usted sentado. (Se dispone a tomar la puerta.)

Pon. No, no; mejor hablaremos a solas.

Cal. (Siempre miedosísimo.) Como usted quiera.

Pon. Sí, hombre, sí.

Cal. Si... si... ¡si...éntese usted! (Se sienta don Ponciano.)

Pon. He corrido medio Madrid buscándole a usted.

Cal. ¡Caramba!

Pon. Porque necesitaba hablarle.

Cal. ¡Hombre!...

Pon. No de dinero.

Cal. (Casi muerto.) ¿Eh?

Pon. Hoy no vengo en plan de acreedor. (Se frota las manos.) Hoy vengo a conversar con el amigo.

Cal. ¡Ay! ¿Dónde me dará la primera? ¡Y yo aquí solo!...

Pon. Vamos a ver (Rápidamente se mete una mano en el bolsillo del gabán.)

Cal. (Parapetándose tras la mesa.) ¡¡Ya!!

Pon. (Sacando del bolsillo un periódico.) Yo tengo un hijo, como usted sabe.

Cal. Sí, señor; Juan, Juanillo. (Algo más tranquilo.) ¡Guapo chico! ¡Buen cerebro!

Pon. No sé si usted sabrá que está en Méjico; en Manzanilla.

Cal. Sí, lo sé; en Méjico; ya lo creo, ¡en Manzanilla!

Pon. Está allí muy bien.

Cal. Hombre, cuánto me alegro... ¡Juanito!

Pon. Entró de cajero en los Altos Hornos de don José María Duro.

Cal. ¡Hola!

Pon. Mi hijo, en una de sus primeras cartas, describiéndome al señor Duro, me decía que era una estampa a usted.

Cal. ¡Parecidos que hay!...

Pon. De manera que al recibir ayer carta de mi hijo y al leer hoy en los periódicos que el señor Duro ha muerto, que es oriundo de España y que su segundo apellido es Redondo, me he dicho: ¿Si será pariente de don Calixto Redondo?

Cal. José María Duro... sí... no; porque en la familia de los Redondos... ¡ya está! Para ser pariente mío, ¡claro! ¡Sí! Si es Duro tiene que ser Redondo. Pero, ¿es Pepe el que se ha muerto? ¿El pobre Pepe? Traiga usted, hombre, traiga usted. (Arrebatándole el periódico.) ¡El pobre Pepe!

Pon. (Indicándole una columna del periódico, que deberá ser «La Tribuna».) Aquí, entre los seis cupones.

Cal. (Leyendo.) «Habiendo fallecido en Manzanilla (Méjico) el opulento español don José María Duro y Redondo, sin herederos en dicha República se avisa a sus parientes para que asistan a la apertura de su testamento, que tendrá lugar el día cuatro de Enero próximo en el domicilio que fué del finado.» ¡Pobre Pepe! (Leyendo.) «Este anuncio se inserta en los periódicos españoles, por ser ex

presa voluntad del finado.» (Enjugándose una lágrima.) ¡Pobre primo Pepe!

Pon. Pero ¿es primo de usted?

Cal. Y de usted, sí, señor; digo, dispense; no sé lo que digo. ¡Y sin otro pariente que yo!

Pon. ¿Usted sabe lo que está diciendo, don Calixto? ¡Ese hombre deja una millonada! ¿Usted sabe lo que dice?

Cal. Yo no, ¿y usted? Digo, sí, sí... ¡Pepe!

Pon. Aquí tengo una carta de mi hijo... (Busca en su cartera.)

Cal. (No puede ser primo mío, porque la única hermana de mi padre casó con un tal Paco Meneses... Pero, en fin, en último recurso puedo decir que me equivoqué, y creí que el Duro este era Meneses... ¡Nada! A mí este Duro me vale más de cinco pesetas.)

Pon. Aquí está, vea usted. (Enseñando una carta.) La fortuna que deja don José María asciende a unos cuatro millones de pesetas, mal contados.

Cal. ¡Cuatro millones, y mal contados! ¡Pobre Pepe! Tan rico, tan joven y morir solo, sin que una mano amiga le contara... ¡Ay, sus últimos minutos! (Se enternece.)

Pon. Vaya, don Calixto. El muerto al hoyo y... ¿Era hijo de una tía de usted?

Cal. Sí; de la tía Mercedes, la única hermana de mi padre. ¡Qué deagraciada fué la pobre! Casó con el pobre tío Pepe, tuvo un hijo, ¡este pobre Pepe!... y enviudó. El tío Pepe Duro era ingeniero, tenía una fábrica, le explotó una caldera y sólo se encontraron aquí y allá trozos de su cuerpo. ¡Qué tragedia! Minutos antes había estado yo hablando con él. Cuando vi hecho cuartos al pobre Duro, creí perder el sentido. Lo mató su carácter. Era un hombre flemático, calmoso, jamás llegaba a tiempo a ninguna parte. A mi pobre tía, que era tan fuguilla, le quemaba la sangre. Siempre estaba: ¡Por Dios, Duro! ¡Duro, aviva! ¡Duro, levántate! ¡Duró, que es tarde! ¡Pobre Pepe!... Bueno, don Ponciano, yo necesito que me preste usted cien pesetas para poner ahora mismo un cablegrama.

Pon. De ninguna manera. Yo lo haré. Cablegrafiaré a Juanillo diciendo que comunique al personal de la casa que salimos mañana para Méjico.

Cal. Pero...

Pon. Por dinero no se preocupe usted. Veo un medio de cobrarme y de asegurar el porvenir de Juanito, porque me figuro que usted no será ingrato con nosotros. Juanito hará carrera, ¿eh?

Cal. Sí, pero comprenda usted que a mi edad cruzar el charco...

Pon. ¡Calle usted, hombre! (Busca en la cartera.)

Cal. (¡Me va a dar dinero!)

Pon. No hay más remedio. Hay que ir. Al fin y al cabo usted es el primo...

Cal. (¡Cómo le digo que el primo es él!)

Pon. Usted me adeuda cinco mil pesetas.

Cal. Sí, sí, señor.

Pon. ¿Qué cantidad necesita usted?

Cal. Pues... sin otras cinco mil no me muevo de mi casa, don Ponciano.

Pon. Sea.

Cal. ¿Me las va usted a dar?

Pon. Mediante recibo... (Escribe.)

Cal. (¿A que tengo que ir a Méjico? No; a mí este tío no me mata en Méjico. Durante la travesía, le cojo y ¡paf! al mar.)

Pon. No crea usted que soy hombre que se ahoga en poca agua.

Cal. ¡Ya, ya!

Pon. Firme usted.

Cal. (Leyendo.) ¿Cincuenta mil? ¡¡Don Ponciano!!

Pon. El dinero vale según las circunstancias, amigo don Calixto.

Cal. (Firmando.) (¡Para lo que vas a cobrar!)

Pon. Tome usted. (Le entrega cinco papiros de a mil.)

Cal. (Tembloroso, emocionado.) ¡Cinco mil pesetas! ¡Qué veleidosa es la fortuna! ¡Pobre Pepe! (Yo no voy a Méjico.) Bueno, pues... luego nos veremos en la estación.

Pon. No, señor.

Cal. ¿Eh?

Pon. Yo no me separo de usted.

Cal. ¿Eh? ¿Qué? (¿A que tengo que ir a Méjico?)

Pon. Puesto que hemos de marchar esta noche,

si quiere usted salir para hacer algunas compras...

Cal. Hombre, sí, aguarde usted, vuelvo en seguida.

Pon. No; esperaremos a Florita y nos vamos juntos.

Cal. Eso; tomaremos dos coches, uno para usted y...

Pon. No, hombre, ¡juntos!

Cal. ¡Mejor! ¡Muy bien! (Yo me escapo, no sé cómo, pero escapo.) ¡Nada! ¡Perfectamente!

Pon. ¡Claro, hombre! Se equipa usted. Le convido a comer. Damos un paseíto... ¡Y a la estación!

Cal. ¡Bravo! ¡Este don Ponciano tan amable como siempre!

Pon. ¡Y ahora más que nunca! ¡Es usted millonario! ¡Un millonario! (Echándole cariñosamente los brazos al cuello como si fuera a extrangularle.) ¡Amigo, ya le llegó a usted la hora!

(En este moménto entra en escena Florita y al ver aquel cuadro cree que don Ponciano está asesinando a don Calixto.)

Flora ¡Papá, papá! ¡Ay, socorro! (Asomándose a la puerta.) ¡Socorro! (Gritando con toda su alma.) ¡Socorrooo!

Cal. No te asustes; mira, somos ricos, ha muerto tu tío Pepe. ¡Vámonos!

Flora ¿Pepe?

Cal. ¡¡Pepe!! Tu tío Pepe.

Pon. Sí, Florita, sí; ¡ricos! ¡ricos!

Cal. ¡Ricos! ¡Hay que vestirse, hay que equiparse!

ESCENA IX

DICHOS, DARÍA, MOISÉS, LEÓN y DON BRAULIO

Entran estos personajes alborotadamente en escena

Daría ¡Ay, ay, ay!...

Moisés ¿Qué pasa?

Brau. ¿Fuego?

León ¡Florita, Florita!

Pon. Nada, señores. Un caso imprevisto. Ha muerto...

Cal. ¡Ha muerto el tío Pepe en Méjico! ¡Soy rico!

Pon. Este es su heredero universal. ¡Millonario!

Cal. (Enseñando sus cinco mil pesetas.) ¡Y ya hay aquí dinero!

Daría ¿Eh? ¡Ay, don Calixto! Voy á avisar una murga. ¡Esto requiere murga!

Cal. ¡Señora, por Dios!

Daría Uy, en cuanto se lo diga al panadero y al carbonero y... ¡Viva don Calixto! (Vase.)

Moisés Pero ¿es verdad? Pero ¿en Méjico, Calixtillo? ¿Y vienes a Méjico?

Pon. No lo dude. Esta misma noche salimos para Barcelona. (Quedan hablando don Ponciano, don Calixto y Moisés.)

León Florita. (Muy triste.) ¿Y tú también te vas?

Flora Sí; ¡ya lo creo!

León ¡Y me abandonas!

Flora Nos escribiremos.

León Sí, pero tú rica y yo pobre, no nos casaremos.

Flora Sí que nos casaremos; el estudiante pobre y la niña millonaria... ¡Uy! ¡Como en las novelas!

León ¡Ay, Florita!

Moisés ¿Cómo el charco? ¡El charco! ¡Cruzar el charco es una bagatela prehistórica! ¡A Méjico, Calixto! ¿Quién dijo miedo? ¡Vas conmigo! ¡Vamos a heredar!

ESCENA X

FLORA, DON CALIXTO, DON PONCIANO, MOISÉS, LEÓN, DON BRAULIO, el CARBONERO, el PANADERO, el LECHERO y DARÍA. Se oye dentro una murga que toca un pasodoble, y entran en escena, siguiendo a Daría, todos estos últimos personajes

Cal. ¡Ya está la murga! ¡Lo que faltaba!

Flora ¡Qué algarabía!

Cal. Deme un duro, don Ponciano. (Don Ponciano se lo da.) Toma, Moisés, da un duro a esos artistas para que se callen.

Moisés Dámelo en pesetas, les parecerá más. (Don Calixto le da cinco pesetas.) Oiga usted, Daría. (Llevándola aparte.) Dé usted esta peseta a esos artistas para que se callen.

Daría Sí, señor. (Hace mutis.)

Moisés (No creo que valga más de cuatro reales, ese conocido pasodoble.)

Pon. Bueno; arreglen ustedes el equipaje; no hay tiempo que perder.
(Cesa de tocar la murga.)

Cal. Sí, sí, ahora... Anda, Florita; saca las maletas.

Flora Voy. (Mutis por la derecha.)

Carb. Que conste, don Calixto, que nos alegramos del suceso, lo cual que en nombre de estos... digo... que...

Cal. Sí, sí; gracias, muchas gracias.

Carb. Yo creo que... esos piquillos...

Cal. No puedo ahora ocuparme de vosotros; tengo que arreglar mi equipaje. Por cierto que... ¡Demonio! Voy en un salto ahí a la esquina a comprar.

Pon. Vamos. (Se dispone a acompañarle.)

Cal. Digo, no; creí que... (¡Que tengo que ir a Méjico!)

Brau. Bueno; antes de que ustedes se marchen...

Cal. Sí; a Moisés le he dejado trescientas pesetas..

Moisés (A don Braulio.) Liquidado: mañana a las doce tendré el gusto de recoger esos recibos.

Carb. Nosotros quisiéramos también...

Cal. Toma, Moisés. (Dándole unos billetes.) Encárgate de liquidar también con esa gente.

Moisés Como tú quieras, Calixto. (A los acreedores.) Ténganme preparadas las cuentas y mañana de doce a una vendré a quitar de enmedio esos piquillos.

Carb. Muy bien, señorito.

León (Aparte a Moisés.) Pero, ¿no se va usted esta tarde?

Moisés ¡Claro, hombre! Este es un negocio... (A los acreedores.) Hagan el favor de marcharse; el señor (Por don Calixto.) desea estar solo.

Carb. ¡Ea! Salud y buen viaje.

Los demás Lo mismo digo. Salud. (Vanse.)

Brau. (Abrazando a don Calixto.) ¡Don Calixto! Que sea enhorabuena y hasta la vuelta, porque usted volverá.

Cal. ¡Quién sabe! Soy ya viejo y cualquier golpe... (Mirando a don Ponciano.) Nadie sabe a los golpes a que está uno expuesto.

Brau. ¡Animos! Despídame de Florita. (A Moisés.) ¡Hasta mañana! (A León.) ¡Hasta el martes! (Vase.)

Flora Aquí están las maletas.

León (Tristemente.) ¡Las maletas!

Moisés ¡Qué alegría! ¡A Méjico! ¡Todos a Méjico!

León ¡Todos no! (Con tristeza.)

Flora La verdad es que esto parece un sueño; saltar de la pobreza a la opulencia.

Moisés ¡La vida! ¡Viva la vida!

Cal. (¡Y que se lo han creído! ¡Yo no les digo la verdad, serían capaces de no acompañarme!) (Vuelve a sonar la murga.) ¿Otra vez? Aguardarme; voy a callarlos por la fuerza. (Intenta salir.)

Pon. (Enérgicamente.) De aquí no se sale más que para ir a la estación. ¡Pronto! ¡El equipaje! (Don Calixto se deja caer en una silla.)

Flora Ayúdenme ustedes. (Moisés y León ayudan a Florita a meter paquetes en las maletas.)

Cal. (Hay que ir a Méjico: de esta no me libra ni la Calixtina. ¡Y allí me majan!... (Levantándose súbitamente.) Pero, ¿qué es esto? ¿Cobardía? ¿Amilanamiento? ¿Yo? ¡¡No! ¡A Méjico! ¡Pronto! ¡El equipaje! ¡A Méjico! ¡Yo sabré demostrar, que a mi lado Hernán Cortés, no fué más que un héroe de opereta! ¡¡Vamos!!) (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón amueblado con exquisito gusto. Una puerta en el fondo, puerta amplia, como de entrada a un elegante hall. Dos puertas a la derecha y una a la izquierda primer término; en el segundo término de esta lateral una ventana con vistas al campo. En el muro de la derecha de la puerta de entrada, un gran retrato de Wagner, pintado al óleo.

ESCENA PRIMERA

TIMOTEO y JUANITO

Timoteo, mayordomo de la casa, frisa en los sesenta años. Juanito, hijo de don Ponciano es muy joven. El mayordomo, asomado a la ventana, mira con unos gemelos. Todos los personajes de este acto, menos los ya conocidos en el primero y Juanito, hablan con marcado acento americano

Jua. ¿Viene alguien más, Timoteo?

Tim. Nadie más; señó, un caballero bastante raro viene montado en un camello y acaba de apearse a la puerta.

Jua. ¿Ya? ¿Y aguardas a decirmelo ahora? ¡Voy a recibirlos!

Tim. ¡Ay, mire, mire, el señó del camello, trae agujetas!

Jua. ¡Claro, hombre! ¡Veinticinco kilómetros en camello!

Tim. ¿Qué se hace, señó?

Jua. (Arreglándose el traje.) Ya resolveremos, aligera; deja ya los gemelos, hombre.

Tim. ¿Y qué hacemos de ese camello?
Jua. Acaba, hombre, ya lo veremos.
Tim. ¡Es gracioso! ¡Un camello, señó!
Jua. (Llevándose a su interlocutor a empellones por el foro) ¡Una bomba! ¡Vivo!

ESCENA II

FLORA, TULA, DON CALIXTO, DON PONCIANO, DON MOISÉS, TIMOTEO, RAMIRO, JUANITO y CRIADOS

Tim. Por aquí, señó, por aquí. (Pasan todos; delante don Calixto.)
Cal. Muchas gracias. (Estamos en la boca del lobo.)
Flora ¡Pero cuánto lujo!
Moisés Asiático, Florita. Constantinóplico.
Tim. Esto no es nada, linda señorita. Ya verá, ya verá.
Cal. Sí, ya verá la paliza que nos van a dar.
Ram. (A Timoteo.) Oiga usté, Palisa.
Cal. ¿Eh?
Ram. Es al mayordomo.
Cal. ¡Ah! ¿Se llama... Paliza?
Tim. No, señó, mi amito, me llamo Timoteo Meana, pero me han puestito ese mote porque la gente del pai sacude linda leña y me han pegado muchitas palisas.
Moisés ¡Demonio!
Cal. ¡Hola! de modo...
Tim. En Manzanilla, señó, hay muchas personas finas y de viso, que son indios bravos, y lo perjudican a uno, señó.
Cal. (Yo me voy ahora mismito de aquí.)
Ram. Bueno; instalen ustedes a estos señores.
Flora Sí: necesito arreglarme un poco.
Moisés Y yo. ¿Hay baño?
Tim. Y ducha; mi amito.
Moisés ¡Hombre y ducha! Me place. Prepáremelo.
Tula (Esta Tula es una criadita más simpática que las pesetas) ¿Qué perfume desea el señor?
Moisés ¡Perfume! ¡Hay perfume! Pues Crema Simón. ¡Ah! Me figuro que podrán proporcionarme un traje, porque este mío... está algo manido.

Tula En seguida, señor. (Vase Tula por la derecha segundo término.)

Moisés (¡Estoy en el corazón de jauja!)

Cal. (Por el retrato de Wagner.) (¿De quién será este retrato?)

Tim. ¿Deseítan los amitos instalarse en alto o en bajo?

Cal. ¡Bajo, bajo siempre! Una habitación con ventana al jardín, para que en un momento dado se pueda... bueno, se pueda tener aire sano.

Tula Entonse tendrán los señores que ocupar este ala, porque el otro ala (Por la izquierda.) está ocupada por los otros parientes de mi finado amo don José.

Cal. (Lívido.) ¿Eh?

Pon. ¿Otros parientes?

Cal. No... no me explico... porque mi primo no tiene. .

Tim. Son los señores González Sevillano.

Cal. ¡Ah, ya! Sí, hombre; bueno... La cosa está clara.

Pon. ¡Quiá! Usted me dijo que el señor Duro no tenía más parientes que usted.

Cal. ¡Claro, hombre! Es que... estos señores González Sevillano, son... ¡parientes ilegítimos! Son hijos de doña María Sevillano. ¡Y de mi tío!... Mi tío no les dió su apellido, y claro que... son ilegítimos porque no pueden negar que son sevillanos. ¡¡Pobre tío Pepe!! Bueno, vámonos, hay que descansar un poco; estoy molido.

Pon. Lo del descanso me figuro que lo dejará usted para más tarde. Recuerde que hoy vence el plazo fijado y que a las tres será la lectura del testamento.

Ram. Dentro de una hora.

Cal. ¿Tan pronto? Yo creo que esa lectura podrá aplazarse para otro día.

Ram. Imposible, señor. El alto personal y las autoridades están invitados a la lectura...

Cal. ¡Ah! Asistirán el alto personal y las autoridades...

Ram. Sí, señor.

Cal. ¡Ya! Entonces... (Me majan.)

Ram. Si el señor caballero desea pasar a sus habitaciones...

Cal. Sí; muchas gracias. (¿Quién será ese tío del retrato? Si me preguntan me van a poner en un brete.)

Tula (Por la segunda puerta de la derecha. A don Moisés.) El señor tiene preparado cuanto desea.

Moisés Vamos. (¡Una ducha! .. ¡Yo duchándome en Méjico! (Saludando.) ¿Señores? Hasta luego, Calixtillo; adiós, Florucha. Soy con ustedes *ipso facto*. (Mutis por la segunda puerta de la derecha seguido de Tula.)

Flora ¡Que nos traigan el equipaje! Y que me sirvan fiambres y una copa de Jerez.

Tim. No me dilato tantito. (Mutis por el fondo.)

Flora ¿Vamos, papá? (Mutis.)

Cal. Sí; yo tampoco me dilato. (Mirando de nuevo el retrato.) (¿Quién será ese tío?) (Saluda severamente a Ramiro con una pronunciada reverencia. A don Ponciano y a Juanito.) Hasta luego, amigos.

Ram. Avisaré al notario. (Mutis por el fondo.)

Cal. (Haciendo mutis por la primera derecha.) ¡Se me ha pegado el movimiento del camello!

ESCENA III

PONCIANO y JUANITO

Pon. (Muy contento.) ¡Abrázame, Juanito! (Se abrazan.) ¡Has hecho tu carrera! ¡Son nuestros, los tengo en el bolsillo!

Jua. ¿Te deben?

Pon. ¡Cincuenta mil pesetas! ¡Cincuenta por diez!

Jua. No creas que yo he perdido mi tiempo; he sabido ganarme la voluntad de los otros parientes.

Pon. Escucha. ¿Qué casta de pájaros son?

Jua. Dos infelices.

Pon. Convendría que yo conociera a esos otros herederos.

Jua. En el jardín estarán: suelen pasear a estas horas.

Pon. Pues nos haremos los encontradizos y...

Jua. Sí; por aquí. (Muy contento.) ¡Qué vista tienes, padre!

Pon. ¡No, que tú! (Vanse por el fondo.)

ESCENA IV

TULA y TIMOTEO

Tula (Por la segunda puerta de la derecha. Al ver a Timoteo que sale por la puerta del fondo y conduce en una bandeja unos fiambres y una copa de vino.) Oiga usted, Palisa.

Tim. ¿Eh?

Tula ¿Para quién es eso?

Tim. Para la recién llegada.

Tula Yo se lo entraré.

Tim. ¿Por qué?

Tula Porque este señor, el del traje roto, quiere que después de la ducha, le den masage. Dice que está acostumbrado a eso.

Tim. Toma. (Le da el servicio.) Le daremito masage. Creo que nos ha caído que hacer, Tula. (Mutis por la segunda puerta por la derecha. Tula hace mutis por la primera puerta de dicho lateral.)

ESCENA V

JESUSA y MARTÍN

Este Martín es un señor campanudo, que huele a rancio hidalgo arruinado, con ribetes de Pablillos. Parece un tipo sacado del Marcos de Obregón o de alguna novela clásica. Sale primero Martín con grandes precauciones, y luego Jesusa con más precauciones que él

Jes. ¿Qué hacemos, Martín?

Mar. Prazga al cielo que no la pringues a la última hora, Jesusa. ¡Válame Dios y en cuán poca agua te anegas!

Jes. Mira, Martín, háblame a lo llano y vamos a cuentas. ¿Qué pintamos aquí? ¿Qué pito tocamos?

Mar. Calma, mujer, calma.

Jes. Ya estamos cogiendo el petate y a Méjico; hemos comido aquí un mes que era nuestro objeto, y como han llegado los verdaderos dueños de todo, vámonos... ¡Martín, por Dios, vámonos!

Mar. No, en mis días. Una huída no es de pechos hidalgos, y el de don Martín lo es donde los hubiere. Asistiremos a la lectura del testamento y cuando veamos que en él no se nos nombra, viertes una lagrima tú; perdono la ingratitud yo; enfermas tú; pido hospitalidad yo... y comemos un mes más tú y yo. Lo que sí me parece oportuno es evitar el encuentro con los verdaderos parientes; no sé nada del difunto y no quiero tirarme una plancha...

Jes. Como la que hicimos con el retrato. (Por el cuadro del fondo.)

Mar. Muy disculpable, Jesusa. Afirmé que era un pariente. ¡Cómo iba yo a figurarme que ese retrato era de Wagner! Pero bien vistes, mujer, que sostuve mi afirmación, y a estas horas, cree Paliza que Ricardo Wagner es tío abuelo nuestro.

ESCENA VI

DICHOS, FLORA, DON CALIXTO y TIMOTEO, que se va en seguida. Por la derecha, primer término, aparecen Tula, Flora, don Calixto y Timoteo

Tim. Daré ahora mismito las órdenes, mi amo.

Cal. (Entrando en escena.) Sí, un coche con seis caballos, y que aguarde enganchado. (A Jesusa y Martín.) Para servir a ustedes. (Jesusa y Martín contestan con una genuflexión.)

Tim. (A Jesusa.) Estos son los otros parientes del señor, que han llegado hace un rato; es decir, parientes del señor y de ustedes. (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

Mar. (Sonriendo.) Sí. (Quedan en una pieza.)

Cal. ¡Claro! (Mirando a Martín.) (Este es el que me echa a mí el lazo.)

Mar. ¡Maldito encuentro!

Cal. Nos hemos caído. (Los dos se miran como para romper a hablar, y los dos se contienen. Gran pausa.)

Mar. Puesto que no hay quien medie en nuestra presentación, y el parentesco excusa ciertas etiquetas...

Cal. Claro, como...

Mar. (Estrechándole fuertemente la mano.) Martín González Sevillano y Duro, de las Pampas.

Cal. Calixto Redondo e Igual, de las Vistillas.

Mar. Siéntese.

Cal. Usted primero.

Mar. (A Jesusa.) Siéntate, Jesusa. (Se sientan.)

Cal. (A Florita.) Siéntate, Florita. (Se sientan.)

Mar. (No sé qué decir.)

Cal. (¡De qué hablo yo!) (Sacudiéndose la ropa.) ¡Estamos perdidos! De manera que usted es pariente del pobre Pepe, por... por usted mismo.

Mar. Sí, señor, por mí mismo. Lo de González Sevillano es un apellido compuesto. Yo soy primo por Duro.

Cal. Yo por Redondo. Su madre y mi padre eran Redondos.

Mar. ¡Ya! Entonces nosotros no nos tocamos nada.

Cal. Nada: absolutamente nada.

Mar. Ya ves, Jesusa; no nos tocamos nada.

Cal. (No se me ocurre nada.) (Pausa.)

Flora ¿De quién es ese retrato, papá? (Por el del fondo.)

Cal. ¿Cuál? ¡Ah!... ¡Sí! (¡Ya la pringó la niña!)

Flora ¿Le conoces tú?

Cal. Sí, mujer. (¡Cállate!)

Mar. Es un buen retrato, ¿verdad?

Cal. Un buen retrato. Está muy bien.

Jes. Es el mismo.

Cal. Evidente. (¡Claro! él mismo tiene que ser.)

Mar. Está hablando.

Cal. (¿Quién será ese tío? Tiene cara de pastelero.)

Mar. ¡Qué genio el suyo!

Cal. ¡Ah! ¡Sí! ¡Qué genio!

Mar. A mí sus producciones hanme deleitado. Es un sabor...

Cal. ¡Riquísimo!... Un sabor... ¡ah!

Jes. Una exquisitez.

Cal. (¿No lo dije? ¡Pastelero!)

Mar. Su nombre ha sido proclamado por las trompas de la fama.

Cal. ¡Las trompas! (Me parece que de las trompas vamos a pasar a las trompás; porque yo no me callo.) ¡Un genio!...

Mar. ¡El supremo arte! ¿Conocerá usted *Tannhäuser*, eh?

Cal. Oye. (A Flora.) ¡Que si conozco *Tannhäuser!*

Mar. En *Tannhäuser* es donde hay que verlo.

Cal. (¿Si saldrá también de peregrino el tío este?)

Mar. ¡Peregrino! ¡Peregrino!

Cal. ¡Demonio!

Mar. ¡Peregrino ingenio!

Cal. ¡Oh! ¡Ah! (¿Pero quién eres?) (Al retrato.)

Mar. Y luego... es una habilidad... Me gusta ver cómo hace un violín; cómo hace luego un violoncello, cómo hace un fliscorno.

Cal. (¡Recorno: ya sé lo que es!)

Mar. ¿Y una viola? ¡Cómo la hace!

Cal. Pues si le vieran ustedes hacer una guitarra.

Mar. No hay otro instrumentando.

Jes. Ni componiendo.

Cal. Como que deja las cosas como nuevas.

Mar. El pobre difunto sentía por él una gran admiración.

Cal. ¡Pobre Pepe!

Mar. ¡Pobre Pepe María!

(Sale Timoteo por la segunda puerta derecha.)

Tim. (Le ha hechito la boquita un fraile, a este señor caballero.)

Cal. (A Timoteo.) Oiga. (A Martín.) Con permiso de ustedes...

Mar. Es usted muy dueño.

Cal. (Aparte a Timoteo.) ¿De quién es ese retrato? (Por el cuadro del fondo.)

Tim. De un tal Wagner, músico, pianista.

Cal. ¡Ya!

Tim. Pariente de ese señor... y del amo.

Cal. Muchas gracias. Puede seguir su camino. No se dilate. (Vase Timoteo por el fondo.) (¡Wagner! Pues me he colado. Y es pariente. . Tengo que darme por enterado)

Jes. (Vámonos, antes de que se hable de asuntos de familia.)

Mar. (Acato tu sano juicio.) Señores; nosotros vamos a nuestro acostumbrado paseíto por el jardín. (Se levanta.)

Flora Y que es un jardín muy hermoso.

Jes. Bellísimo.

Cal. (Por el retrato,) Si el pariente hubiera tenido un jardín así... ¿eh? La luz, los trinos, el

murmurio de los arroyuelos, las cantinelas de las fuentes, la armonía del... ¿eh? del... la armonía del... ¿eh?

Mar. ¡Sí, sí!

Cal. ¡Qué cosas hubiera hecho!

Jes. ¡Pobre Pepe!

Cal. Me refiero a Ricardo.

Mar. ¡Ah, hablaba usted de Ricardo!

Flora ¿Qué Ricardo?

Cal. Wagner, mujer; Ricardo Wagner. El tío Ricardo Wagner. (Martín y Jesusa se miran asombrados.) ¡El pobre tío Ricardo!

Mar. En fin; he tenido tantísimo gusto...

Cal. Lo mismo digo. ¿Señora? (A Jesusa.)

Mar. Señorita... Hasta luego.

Flora Hasta luego.

Cal. (Viéndoles marchar.) Son dos almas de Dios. ¡Si yo pudiera darles un sablazo antes de marcharme!... (Martín y Jesusa hacen mutis por el foro, escandalizados de que resulte cierto lo del parentesco con Wagner.)

ESCENA VII

DON CALIXTO y FLORA; luego entra MOISÉS

Flora ¡Qué matrimonio tan simpático, papá!

Cal. (Sentándose.) (Un coche con seis caballos... lo que daría yo ahora por estar en Vallecas: nada más que en Vallecas (Simulando que arrea los caballos.) ¡Arre! ¡hip! ¡hip! En media hora, en la Puerta del Sol. ¡Y de noche! Porque ahora en Madrid es de noche. ¡Heraldoo! ¡Corres! ¡Qué feliz es... la lechuza! ¡Quién fuera lechuza!... (Haciendo ademán de volar.) ¡Uhhhh!... ¡En dos horitas, en la mismísima veleta de la Equitativa... y sin don Ponciano!)

Flora Escucha, papá; ¿de verdad somos parientes de Wagner?

Cal. ¡Florita!

Flora ¡Qué!

Cal. (En tono melodramático.) ¡Florita!

Flora ¡Ay, qué cara pones!

Cal. ¡Fíjate bien, porque peor me la van a poner!

(Cogiéndola de la mano.) Soy un imbécil. No me repliques. Soy un imbécil. Ha llegado el momento de gritar: ¡sálvese el que pueda! Voy a abrirte mi pecho.

Moisés (Por el segundo término de la derecha, ricamente vestido a la mejicana y cantando alegremente.)

Nací en un bosque de cocoteros
una mañana del mes de Abril...

Flora ¡Jesús!

Cal. ¿Conque en un cocoterito, eh? Naciste en un cocoterito... ¡Pues te has caído del nido!

Moisés ¿Yo? Después de una ducha perfumada y de un masage faraónico; y con esta ñoñez de traje fototípico!...

Cal. ¡Fototípico! Pues van a perder una fototipia los coleccionistas, si no haceis lo que voy a decir He mandado enganchar los seis cocheros más ligeros, digo caballos, en el coche menos pesado, porque es necesario huir de aquí antes de que lleguen el alto personal y las autoridades.

Moisés ¿Huir?

Flora Pero papá...

Cal. Sí, huir. El señor Duro y Redondo, que en gloria esté, no es pariente mío. Mi tía Mercedes Redondo no se casó con ningún Duro. A mí no me toca nada Wagner; a mí no me tocan ninguno de estos Duros. Y como todo ello se ha de averiguar en la lectura del testamento, no podemos asistir a la apertura.

Flora ¡Dios mío!

Moisés (Indignado.) ¡Calixto! Por primera vez en tu vida has cometido una acción fea.

Cal. ¿Eh?

Moisés ¡Comprometer a dos seres inocentes, como tu hija y yo!... Pero bueno; me figuro que esta broma...

Cal. ¿Broma? Aquí hay tíos que por cinco pesos mal pesados, matan a un hombre, y yo no quiero que don Ponciano se gaste quince pesos. ¡A España! ¡Aquí hay dinero! (Saca una cartera.)

Moisés ¿Eh?

Cal. Es la de don Ponciano, se le cayó y... ¡a Madrid!

Flora Bueno; pero cómo...

Cal. Muy sencillo... Daremos un paseíto por el jardín... el coche nos aguarda, montamos en él... y ¡Dios sobre todo!

Moisés Me someto. Vamos.

Cal. Vamos. (A Flora.) Anda, vamos. (A Moisés.) Tú, vamos.. (Viendo a don Ponciano que con Juanito, Ramiro: Martín y Jesusa entran por el fondo.) ¡Vamos, querido Moisés, que parece que te han quitado diez años de encima!

ESCENA VIII

DICHOS, JESUSA, DON PONCIANO, MARTÍN, RAMIRO y JUANITO

Pon. ¡Caramba, amigo! (A don Moisés.) ¡Si parece que va usted a tirar el lazo!

Moisés Sí... sí...

Mar. (A Jesusa.) ¡Otro pariente! ¡Brotan como la hierba! (Por Moisés.)

Cal. (¡Cercado!) (A Martín.) ¡Qué paseíto tan corto!

Mar. ¡Muy corto, sí, señor, muy corto!

Flora Vámonos, papá. Tirando de él.)

Cal. ¡Je! La niña... la niña que quiere conocer... en fin, iré... vamos a...

Pon. Me uno a ustedes.

Cal. Vamos; por más que... lo dejaremos para luego.

Moisés (Aparte a don Calixto.) Es necesario huir.

Cal. ¿Cómo?

Moisés Es preciso que no se lea el testamento: impídelo.

Jes. (A Martín.) ¡Si la lectura del testamento pudiera aplazarse!...

Mar. No veo el medio, Jesusa.

Pon. (A don Calixto, que habla aparte con don Moisés y Flora.) Necesito que me prometa usted ascender a mi hijo.

Cal. Sí, sí; pero crea usted, amigo don Ponciano, tengo un vago y triste presentimiento.

Pon. ¿Eh?

Cal. Ahora lo estaba comunicando a mi hija: ha sido un repente: una corazonada. Creo que no hay herencia para mí.

Pon. Pero ¿no es usted primo hermano del difunto?

Cal. Creo que sí.

Pon. ¿Cree usted que sí? ¿No tiene usted seguridad?

Cal. Hombre, seguridad,..

Pon. Amigo don Calixto: vamos a salir muy pronto de dudas y de deudas. Si es usted heredero, esta es mi mano; pero si no es usted heredero y me la ha jugado de puño... ¡este es mi puño!

Cal. Hombre, amigo don Ponciano.

Pon. Yo me cobro: en dinero o en sangre, pero yo me cobro. (Consultando el reloj.) ¡Tres minutos faltan! (Se separa de don Calixto y se une al grupo que forman Martín, Jesusa, Juanito y Ramiro.)

Cal. ¡Y se cobra, Moisés!

Moisés ¡No hay derecho, Calixto! Estás hipotecando nuestras vidas: las vidas de dos seres inocentes.

Mar. (A don Ponciano.) Hombre, podría suceder que el testador no se hubiese acordado de mí o que nuestra comunidad de apellidos fuera simple coincidencia.

Pon. Lo sentiría por usted. (Se separa de ellos y se pone a hablar con su hijo Juanito, cerca de la mesa, donde, cuando se indique, dará un porrazo, como remate de su fingida conversación airada. De este golpe se asusta don Calixto.)

Mar. ¿Qué hacemos?

Jes. Habla con don Calixto; llégale al alma; expónle tu verdadera situación... (Quedan hablando.)

Cal. (A Moisés.) Sí; eso es lo mejor. Ahora mismo. Se impone la verdad. Yo sabré llegarles al corazón. (Da don Ponciano el golpe.)

Ram. (Desde el fondo.) El señor Notario, el señor Jefe político y los invitados piden permiso para pasar.

Cal. ¡Un momento! Deseo hablar con estos señores un momento. (Por Martín y Jesusa.) Suplico que nos dejen solos dos minutos. (Hacen mutis por el fondo Ramiro, don Ponciano, Juanito y Timoteo.)

Jes. La Providencia nos auxilia, Martín.

Mar. Es cierto; veo la mano de Dios, Jesusa.

ESCENA IX

FLORA, JESUSA, DON CALIXTO, DON MARTÍN y MOISÉS

Mar. ¡Amigo don Calixto!...

Cal. Querido don Martín. Estoy en el más grave de los compromisos, en la más apurada de las situaciones, en el más duro de los trances.

Mar. No comprendo...

Cal. Voy a dar a usted una sorpresa y una alegría, porque para usted esta revelación supone una alegría: yo no soy heredero.

Mar.
Jes. } ¿Eh?

Cal. Yo no soy heredero. Aquí no hay más heredero que usted.

Mar. ¡¡Jesusa!!

Jes. ¡¡Martín!!

Cal. Yo soy un impostor, un desgraciado, un pobre hombre acosado por la necesidad. ¡La vida, don Martín, la vida! He llegado hasta aquí rodando. Me veía acosado por don Ponciano: leí ¡seis millones! Vi Duro y Redondo. Yo Redondo... el abismo a mis pies... ¡rodé! A ustedes me entrego; perdón, no por mí, por éstos que son inocentes.

Mar. Nos ha fastidiado usted, hombre. ¡Sí que hay que ser fresco! ¡Engañar de esa manera! En buen compromiso nos ha puesto usted, hombre de Dios. (A Jesusa.) Porque ¿me quieres tú decir qué hacemos nosotros ahora?

Jes. Hay que impedir a todo trance que ese testamento se lea, Martín.

Mar. ¡Claro, mujer! Menuda farandola íbamos a bailar todos si se leyera. ¡Vamos, hombre! (A Calixto.) Lo extrangulaba a usted.

Cal. Reflexione usted que esta noticia debe de alegrarle. Antes pensaba usted que había de partir conmigo...

Mar. Cuando lo estoy pensando es ahora.

Cal. ¿Eh?

Mar. Tenemos que huir a la carrera.

Cal. ¿Usted? ¿Cómo? ¿Pero y la herencia?...

Mar. Qué herencia ni qué joroba. Si yo tampoco soy pariente, ni Cristo que lo fundó. Yo he comido aquí un mes y esperaba que usted, como legítimo heredero, me echara ahora una mano.

Cal. (Conteniéndose.) No le echo a usted esa mano al cuello porque me repugnan las tarántulas.

Mar. ¡Don Calixto!

Cal. ¡Don Camueso! ¡Y usted me ha llamado a mí fresco! ¡Usted es un alpinista sin bufanda ni vergüenza!

Mar. ¡Esas palabras!

Moisés Calma, señores; no estamos ahora para floreos.

ESCENA X

FLORA, JESUSA, TULA, DON CALIXTO, DON MOISÉS, DON MARTÍN, DON PONCIANO, JUANITO, TIMOTEO, RAMIRO, DON FRANCISCO (Notario), DON NARCISO (Alcalde) y varias personas más. El Notario es un viejecillo con «toda la cara de un loro»

Ram. (Por el fondo, seguido de los demás.) Perdonen ustedes, pero ha llegado la hora marcada y es preciso cumplir con la voluntad del testador.

Cal. No; no se molesten De común acuerdo hemos convenido los herederos en aplazar la lectura del documentito hasta mañana a esta misma hora.

Fran. Imposible, señores. Nuestro deber es cumplir sin dilaciones lo que para todos nosotros es sagrado precepto. (Quedan en una pieza.)

Ram. (Presentando ceremoniosamente.) Los presuntos herederos... el señor Notario... el señor Jefe político... el alto personal de la casa... (Grandes reverencias.)

Cal. (Aparte a Martín.) ¡Aquí nos majan!

Mar. ¡Está obstruída la puerta!

Moisés (Aparte a Calixto.) ¡Yo soy inocente!

Ram. Tomen asiento. (El Notario se sienta ante la mesa entre Ramiro y el Alcalde. Tras ellos forman grupo Timoteo, Tula y algún otro servidor de la casa. A la izquierda, y como acusados que aguardan tré-

mulos la lectura de la más terrible sentencia, toman asiento don Moisés, don Calixto, don Martín, Jesusa y Flora. Tras ellos don Ponciano y Juanito. De pie a la puerta del fondo el alto personal de la casa y algunos obreros.)

Cal. (Por Martín.) ¡Pensar que por este tío sinvergüenza!...

Mar. (A Calixto.) ¡Lo mataba a usted!

Moisés ¿Qué hacemos?

Cal. Hay que entretenerlos a ver si se cansan.

Fran. (De pie, gravemente.) Señores.

Flora (¡Dios mío!)

Jes. (¡La hecatombe!)

Fran. Don José María Duro y Redondo, escribió de su puño y letra en la cubierta de este sobre que encierra sus últimas voluntades, una disposición por todos vosotros conocida y cuyo cumplimiento aquí nos congrega.

Cal. Muy bien, muy bien.

Fran. En este momento, hora marcada por el testador para que se exteriorice su última voluntad, procedo a rasgar el sobre. (Lo hace.)

Cal. (Muy apurado a Martín.) ¡Hable usted!

Mar. (Apuradísimo.) ¡No se me ocurre nada!

Cal. (A don Moisés.) ¡Di algo, Moisés; aunque sea en camelo!

Moisés Primero, tú.

Cal. (¡Allá voy!) (Poniéndose de pie.) Una palabra. (Gran expectación.) (¡Me majan!) Señoras y señores... (Con voz queda.) Alto personal...

Una voz ¡Más alto!

Cal. Más alto personal de esta casa. Distinguidas autoridades de Manzanilla. (Yo me siento.) Yo me siento obligado a decir algo que únicamente en este momento me es permitido decir. (Con vuelos oratorios) Yo quiero enaltecer el recuerdo de ese... (En camelo.) procer val con tu si ente rin son lustre familia... Antes de saber si se ha servido o no nombrame su heredero.

Moisés (¡Es el rey del camelo!)

Cal. Puede que no se haya acordado de mí: seguramente no se ha acordado de mí; tengo la evidencia; pero eso no obsta para que yo ensalce sus méritos y ensalce al mismo tiempo la cordial, la hidalga hospitalidad, la... (En

camelo.) celsa grande como niega cunde sumo de los patricios... de los patricios... nata flor ende euna forma de la ilustre república Mejicana. (Gestos de aprobación y murmullos de «¡Muy bien! ¡Muy bien!») Don José María Duro, vino a Manzanilla, cuando Manzanilla era una laguna sin desecar; una vega encharcada. Vino Duro; vino de Jerez de la Frontera, su pueblo natal, y vino generoso, emprendedor, dispuesto a la más titánica de las luchas; acaso vino Quijote. Vosotros hallastéis en él el espíritu que os faltaba, os pusistéis a su lado, le distéis carta blanca, y él con vuestra ayuda desecó las lagunas de Manzanilla y ha convertido en oasis la que solamente era... (En camelo.) cosmo, punto, endenorte para franca indudable... putrefacto de la tierra.

Pon. (A Juanito.) ¿Qué ha dicho?

Moisés (A Calixto.) ¿Qué has dicho?

Cal. (A Moisés.) No sé.

Moisés (Alto.) ¡Bravo!

Cal. Yo espero que alguno de vosotros deje oir su voz en este acto enalteciendo las virtudes cívicas del finado y que el señor Alcalde nos cuente, nos relate minuciosamente cuanto hizo día por día nuestro ilustre pariente, cuya vida guarde Dios muchos años, o mejor dicho, cuya alma goza de la dicha inefable, de la gloria que a todos deseo. (Me ha resultado un panegírico.) (Se sienta.)

Moisés Muy bien. Un discurso redondo.

Mar. Muy bien, sí, señor.

Nar. (Levantándose.) Señores, yo...

Fran. Suplico al señor Jefe político que sea breve, porque tengo ineludibles ocupaciones.

Cal. (Nos va a fastidiar esta cacatúa de notario.)

Nar. Sólo tengo que decir que como llevo poco tiempo en Manzanilla, sé del finado lo que ustedes, poco más o menos.

Cal. (¡Nos ha reventado!)

Fran. (Leyendo.) Este es mi testamento.

Moisés (Levantándose.) Pido la palabra.

Fran. ¿Para qué?

Moisés (Gimiendo.) Para pronunciar conmovido una oración necrológica.

Fran. Después que se lea el testamento.

Cal. No, hombre, antes.

Pon. Don Calixto, que estamos aquí perdiendo el tiempo.

Fran. Señores, yo lo siento muchísimo, pero tengo que hacer...

Mar. Lo siento a mi vez, pero también deseo hacer uso de la palabra.

Fran. (Leyendo.) Este es mi testamento.

Cal. Un momento, señor. (Se levanta, se acerca a la mesa y habla con el Notario, gesticulando mucho.)

Pon. (A Flora.) ¿Me quiere usted decir qué pasa?

Flora (A don Ponciano, apuradísima) ¡Por Dios, don Ponciano, sálvenos usted! Nosotros le pagaremos a usted como podamos, pero le pagaremos a usted. No sea usted cruel con nosotros.

Pon. ¿Eh? ¿Pero qué sucede?

Flora ¡Que mi padre... no es heredero, ni primo, ni nada! ¡Que aquí no hay seguridad personal! ¡Que peligran nuestras vidas! ¡Sálvenos usted!

Pon. (Como un energúmeno.) ¡¡Bomba!! Yo también quiero hablar.

Moisés ¡Pido la palabra!

Fran. (Aporreando la mesa.) Esto no es un mitin; aquí no habla nadie.

Pon. ¡Yo, sí! (Por don Calixto.) Ese señor es un canalla, no es pariente del finado: me ha estafado y viene a Méjico a divertirse con ustedes. (Revuelo general.)

Cal. ¡Falso!

Pon. ¡Que se lea el testamento!

Voces Sí; que se lea; que se lea.

Mar. Que se lea, y si tal denuncia se comprueba, no quede sin castigo tal infamia.

Cal. (Asombrado.) ¡Señores, qué tío!

Fran. ¡Silencio!

Flora ¡Dios mío!

Moisés (A Calixto.) ¡Eres un miserable!

Pon. (A Calixto.) ¡He de ser yo mismo su verdugo! ¡Canalla!

Cal. (De pie, cruzado de brazos y desafiando a todos.) No tiemblo: Calixto Redondo es grande y sabrá morir con la sonrisa en los labios.

Fran. (Leyendo.) «Este es mi testamento.»

Cal. (¡Y el mío! Creo en Dios Padre, todo poderoso...)

Fran. «Declaro llamarme José María Duro y Redondo, y ser hijo legítimo de don Nicasio Duro y Castañeda y de doña María de las Mercedes Redondo y Buitrago...»

Cal. ¡Dios mío! ¡¡¡Mi tía!!!

Mar. ¿Eh?

Flora ¡¡Papá!!

Pon. ¡Demonio!

Fran. (Leyendo.) «Viuda ésta de don Casimiro Meneses.»

Cal. ¡¡Mi tía!! ¡¡Mi tía!! (Como loco.) ¡¡Moisés!! ¡¡Florita!! (Adelantándose.) Señores: aquí tengo documentos que atestiguan que esa señora era hermana de mi padre...

Fran. Luego, señor.

Cal. (Volviendo a su sitio y como loco.) ¡Ay!... ¡Ay!

Fran. (Leyendo.) «Declaro no tener otros parientes que los descendientes de don Calixto Redondo y Buitrago, hermano de mi madre...»

Cal. ¡Eso! ¡Mi padre!

Fran. (Leyendo.) Casado con doña Flora Igual de Cádiz.

Cal. ¡Mi madre!

Fran. Cuyo paradero desconozco.

Cal. ¡Ay, mi madre! ¡Yo rico! ¡Yo poderoso! ¡Y de verdad!

Moisés ¡Calixto!

Cal. (Mirándole severamente.) ¡Calla!

Pon. Perdone usted, amigo don Calixto, si...

Cal. ¡Silencio!

Mar. (A Calixto, por don Ponciano.) Ahora se viene con agachaditas...

Cal. (A Martín.) Cállese usted o lo mando arrojar por una ventana.

Fran. Señores, ¿se puede leer?

Cal. (Ya en millonario.) Procure usted ser breve. Conocido ya el punto más interesante, sólo debe ya manifestarnos a cuánto asciende la herencia.

Fran. (Leyendo.) «Con arreglo al inventario adjunto declaro poseer seis millones de pesos oro...»

(Don Calixto que muy erguido escuchaba la lectura cae desfallecido en brazos de don Moisés y de don Ponciano.)

Flora ¡Papá!

Moisés ¡Calixto! (Gran revuelo.)

Mar. Un poco de agua: pronto. (A Jesusa.) ¡Vamos!

Jes. ¡Vamos! (Aprovechando el revuelo Martín y Jesusa se escapan y hacen mutis por el fondo.)

Pon. Tráiganle aquí: ayúdame, Juanito. (A Flora.) ¡Un abanico! (A don Moisés.) ¡Sales! (Flora y Moisés se separan de don Calixto. Don Ponciano y Juanito transportan a don Calixto a una silla en primer término; entre tanto don Ponciano le quita del bolsillo una cartera y se la guarda.) Ya; ya le va pasando.

Moisés Nada; no es nada. (A todos.) Pueden ustedes retirarse. (A don Francisco.) Luego el señor Redondo presentará a usted los documentos que justifican su personalidad para tomar posesión de la herencia. (Saludos. A Timoteo y demás criados.) Ya les llamaré si hace falta. (Mutis.)

ESCENA XI

FLORA, DON CALIXTO, DON MOISÉS, DON PONCIANO y JUANITO

Flora Ya parece que abre los ojos.

Moisés La verdad es que... es para morirse, Florita. ¡Seis millones de pesos oro!

Jua. (Aparte a don Ponciano.) Nos hemos caído, padre. No te supiste contener y...

Pon. No te importe: haremos negocio. Le he robado la cartera y con ella sus documentos de identidad: mira. (Se la enseña.) ¡Demonio! Pero si esta es la mía. (Registrándose.) ¡Y la tenía él! (Buscando en la cartera.) ¡Nos ha timado, Juanito! ¡No está el documento! ¡Su documento! ¡Mis cincuenta mil pesetas!

Moisés ¡Calixto! ¿Me oyes? Soy Moisés.

Flora ¡Papá! Soy yo... Flora, tu hija. (No responde.)

Moisés Calixto. ¿Me oyes?... Son seis millones de pesos oro.

Cal. (Incorporándose.) ¿No ha sido un sueño, Florita?

Flora (Muy melosa.) No, papá; eres rico; riquísimo.

Cal. (Por el inesperado piropo.) Gracias, hija mía.

(Advirtiendo la presencia de don Ponciano y de Juanito.) ¿Esa gente aquí? ¡A ver, que comparezca mi servidumbre! (Hace sonar un timbre.)

Moisés ¡Es un señor! (Contemplándole admirado.)

ESCENA XII

DICHOS. TIMOTEO y RAMIRO

Pon. Me adeuda usted cincuenta mil pesetas, don Calixto.

Cal. Venga el documento.

Pon. (Sacando la cartera.) Por lo visto... distraídamente lo he roto.

Cal. (Viendo la cartera en poder de don Ponciano.) ¡Hola, conque usted!... ¡Bien, hombre, bien! (A Ramiro que sale por el fondo con Timoteo.) Que den a esos dos hombres primero cuatro palos, después diez mil pesetas y que el coche que está enganchado de orden mía, los conduzca... lejos de aquí. Aquí no tienen nada que hacer.

Ram. En el coche que había enganchado... han huído don Martín y doña Jesusa.

Cal. ¡Ah! bien, muy bien. Lo siento; era un matrimonio muy simpático. Entonces que monten a cada uno en un caballo y que den otros cuatro palos a cada caballo. ¿No querían ustedes hacer carrera? Pues carreras de caballos.

Ram. Está muy bien. (A don Ponciano y Juanito.) Cuando ustedes gusten.

Pon. (A don Calixto.) Arrieros somos, don Calixto.

Cal. ¡Eramos!

Pon. Algún día nos volveremos a encontrar.

Cal. ¡Puede! (Mutis de don Ponciano, Juanito y Ramiro.)

Tim. ¿Quierite el señor algo más?

Cal. Quierito estar solo. (Vase Timoteo.)

Moisés ¡Calixto!... ¡Calixto!

Cal. ¡Rico! ¡Millonario! ¡Todo esto es mío!

Moisés ¡Todo esto es nuestro! (Con lás manos sobre el pecho.) ¡Nuestro!

Cal (Separándole las manos.) ¡No, no; mío, mío! ¡¡Mío!!

Moisés ¡Bravo, Calixto! Has conquistado Méjico. Eres un Hernán Cortés. Ya sólo te falta quemar las naves.

Cal. Yo no quemaré las naves, pero lo que es el camello... ¡lo quemo!... ¡lo quemo!

(Al público.)

Señores, ¡qué alegría!
Seis millones de pesos, ¡casi nada!
Pero no seis millones, mil daría
por conseguir tan sólo una palmada.

(Telón.)

FIN DEL JUGUETE

NOTA

PARA AQUELLOS DIRECTORES QUE QUIERAN HACER LA OBRA CON PELÍCULAS CINEMATOGRÁFICAS

Acto primero (1)

Comienza la proyección con el siguiente letrero:

«Hay que vestirse bien, hay que equiparse y al tiempo de pagar no incomodarse.»

Una sastrería: (Ocioso será decir que la decoración se coloca sobre el muy reverendo suelo, en un local a cielo abierto.) La puerta de la sastrería a la derecha segundo término. En el foro la mesa de cortar. A la izquierda un espejo grande de los de pie y a la derecha un biombo abierto. Anaquelería con telas, piezas de telas, maniquíes, sillas, etc., etc.

PERSONAJES: *Flora, don Calixto, don Ponciano, el sastre, el oficial y una oficiala.*

Entran por la puerta de la derecha Flora, don Ponciano y, por último, don Calixto; todos traen muchos paquetes como si vinieran de compras. Don Calixto vistiendo el hábito de peregrino, tocado con un sombrero de copa, cargado con más paquetes que los demás y trayendo un paraguas abierto, entra a duras penas, dejando caer maniquíes y paquetes, que recogen los demás a los que da las gracias muy ceremoniosamente. La oficiala le cierra el paraguas y él casi la besa agradecidísimo.

---

(1) A la frase de don Calixto en la escena VIII: «¡Hay que vestirse, hay que equiparse!», cae el telón de proyecciones; se «dan» todas las de este acto seguidas y al final se levanta el telón blanco, y haciendo caso omiso de la escena IX, aparecen por la puerta del foro don Calixto, tal y como le hemos visto últimamente en la película seguido de todos los personajes de la escena X; y se dice esta, que es la final del acto primero.

Pide un traje, indicando que sea bueno y cumplidito y el sastre ordena al oficial que cumpla el deseo de don Calixto.

El oficial vase dentro por el traje, y mientras Florita, don Ponciano y el sastre quedan en amable y muy pausada conversación, don Calixto se entretiene *flirteando* cómicamente con la oficiala.

Sale el oficial con un traje al brazo, recógelo el sastre, «hace el artículo», asiente a todo don Calixto, y, por último, a indicaciones de la oficiala, se mete detrás del biombo a probárselo.

Por encima del biombo va tirando la ropa que llevaba puesta, y a un movimiento suyo, cae el biombo y se le ve con la levita puesta y en calzones blancos. Muy azorado se pone rápidamente los pantalones. Le están un poco largos, pero se los dobla, le quedan largos aún y se los vuelve a doblar. Haciendo gestos y mirándose ante el espejo, tira sin querer unas piezas de tela que había sobre una mesita. Sobre estas piezas de tela estaba su paraguas. Como si se tratase de un hijo, don Calixto se abalanza sobre el paraguas. Lo coge y en el acto se le abre; lo cierra y se le vuelve a abrir. La gran lucha con el paraguas. Con la mayor naturalidad vuelve a cerrárselo la oficiala y don Calixto la abraza de nuevo y al querer darle una propina ve que ha dejado el dinero en el chaleco que tiró y como loco, derribando cuanto tiene por delante, se arroja sobre el chaleco, saca de él unos billetes y unas pesetas y las mira, las palpa y hasta las besa.

Cortada un instante la película, debe verse únicamente la cara de don Calixto de un tamaño seis veces mayor que el natural, mirando con deleite sus billetes y besándolos con la boca hecha un agua.

Borrada esta imagen vuelve a verse la sastrería. Don Calixto tiene puesto un magnífico abrigo y se está despidiendo del sastre mientras sujeta fuertemente el paraguas para que no se le abra.

Vanse por donde entraron Florita y don Ponciano, y cuando va a hacerlo don Calixto, se le abre nuevamente el paraguas y con él abierto hace mutis, como buenamente puede, saludando a todos cariñosamente.

Inmediatamente se proyecta el siguiente letrero;

«Y aquí y en California y en Yokata
suelen las juergas terminar con pata.»

Fachada de un merendero en la Bombilla.

PERSONAJES: *Flora, don Calixto, don Ponciano, don Moisés, León, Socio 1.º, Socio 2.º* y *Camarera.*

En automóvil y entre cuarenta paquetes y el consabido paraguas de las ilusiones de don Calixto, llegan éste y Flora y don Ponciano a la puerta de uno de los merenderos de la Bombilla. A la puerta del merendero hay dos socios copeando. Se apean los del auto y don Calixto lo hace con tan mala fortuna que tira la mesa y las copas de los socios copeadores. Sombrero en mano da excusas y entra en el merendero.

Cuando han hecho mutis don Calixto, don Moisés y Florita, se ve que carretera abajo, cogidos del bracete y departiendo amistosamente avanzan don Moisés y León, que entran también en el merendero.

Córtase la película y aparece el

Interior del merendero.

PERSONAJES: *Flora, don Calixto, don Ponciano, don Moisés, León, Camareras 1.ª, 2.ª, 3.ª* y *4.ª, Socios 1.º, 2.º, 3.º 4.º, la Chulona, la señora Celestina, el Orejas,* etc.

Ante una mesa perfectamente arreglada aguardan que les sea servido el primer plato Flora, don Calixto y don Ponciano.

Junto a la mesa que éstos ocupan hay otra en la que comen tranquilamente la señora Celestina, la Chulona y su hombre el Orejas, matador de novillos. En otras mesas, beben y refrescan varios socios. Cuatro camareras van y vienen sirviendo a la parroquia.

Siempre que una camarera pasa junto a don Calixto, éste le tira un pellizco y luego, para evitar reclamaciones le regala una peseta. La señora Celestina se levanta un instante para dejar su mantón en una silla, pasa cerca de don Calixto, este la pellizca creyendo que es una de las camareras y la señora Celestina, loca de satisfacción, casi traspuesta de gusto, vuelve a sentarse en su silla y no deja ya de suspirar y de timarse con don Calixto. Don Calixto con un sifón se lava la mano con que pellizcó a Celestina haciendo gestos de repugnancia.

Sirven el primer plato, una suculenta tortilla, pellizca don Calixto lo que puede; comienzan a comer y entran en el merendero don Moisés y León, que advierten la presencia de sus amigos y se restregan los ojos no queriendo dar crédito a lo que ven. Temerosos se acercan a

la mesa. Don Calixto los ve y como loco, atropellándolo todo, se levanta, tumbando botellas, derramando copas, les abraza y les conduce a la mesa. Presentación y saludos. Se sientan todos alegremente, don Moisés quita el plato a don Ponciano y empieza a comer heliogabálicamente.

Don Calixto sirve vino a don Ponciano, pero mirando a una camarera a la cual pellizca, al mismo tiempo vierte el vino en todas partes menos en la copa. Comen, beben, ríen. Una camarera trae el segundo plato, un pollo. Pretenden partir el pollo sin conseguirlo. Se levantan don Calixto y don Moisés, cada uno coge al pollo de un muslo y tiran, tiran hasta que por fin el pollo se rompe y don Moisés cae sobre la mesa que ellos ocupaban y don Calixto sobre la que ocupan la Chulona, Celestina y el Orejas.

Rueda el servicio y comienzan las bofetadas. Don Calixto procura siempre que puede, arrimar candela a don Ponciano. Flora y la Chulona se agarran. Intervienen los parroquianos, separan a las contendientes y huyen como gamos don Calixto, Moisés, León, don Ponciano y Flora.

Córtase aquí la película y aparece nuevamente

La entrada del merendero.

A la puerta está el automóvil. Sale don Calixto a todo correr y sin abrir la puerta del coche se mete en el auto de cabeza; tras él vienen corriendo Flora, don Ponciano, León y Moisés. Don Ponciano y Flora entran en el automóvil; León y Moisés se montan en los estribos y el coche emprende una marcha vertiginosa en el momento en que salen persiguiendo a los fugitivos todos los personajes de la bronca.

Aparece el siguiente letrero:

«A casa, don Calixto,
hay que tener el equipaje listo.»

Fin de las películas del acto primero.

Acto segundo (1)

Se proyecta un letrero que dice así:

«Don Calixto en Méjico»
«Camino de Manzanilla»

Por un frondoso bosque avanza una caravana, formada por *don Calixto, Flora, don Ponciano, don Moisés* y *un guía* vestido al estilo del país.

Don Calixto viene caballero en un camello que conduce del ronzal el guía; a su lado Florita en un borriquillo; detrás a caballo don Ponciano y don Moisés.

Aparece el siguiente rótulo;

El astro Sol aprieta,
llevan calor y miedo y agujetas.

Nueva pasada de los mismos personajes por otro bosque distinto.

Van lentamente, demostrando gran cansancio. Don Calixto lleva su paraguas abierto.

Se proyecta otro rótulo:

Y al fin, rendidos, llegan a la casa,
y ya verán ustedes lo que pasa.

Fachada de una gran finca.

Llegan, se apean y paga don Calixto al guía, que se lleva las cabalgaduras, después de una tierna despedida que le hace don Calixto al camello, al cual besa apasionadamente.

Indican que está cerca la puerta de la casa y echan a andar, molidos, sudorosos y jadeantes.

Ultima película (2)

Proyección de medio busto en grande de don Calixto que dice al público los versos finales de la obra.

El actor habla por dentro mientras la figura de la proyección mueve los labios, gesticula y acciona.

---

(1) Se levanta el telón, aparece el blanco y se proyectan todas las películas, menos la última. En el libro se corta la escena I.

(2) Esta última se «da» después de la frase de don Calixto en la escena final de la obra: «Yo no quemaré las naves, pero lo que es el camello... ¡lo quemo! .. ¡lo quemo!»

Solución al jeroglífico

Gracias, Ricardo, te damos;
incienso a tus pies quemamos,
y al rendirte pleitesía,
la copa en alto, brindamos
por toda tu Compañía.

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Novena edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Quinta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa.

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Gay.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos.

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de virtudes, comedia en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos.

La niña de las planchas, entremés lírico.

Obras de Pedro Pérez Fernández

Al balcón, juguete cómico.
Lola, diálogo.
Tal para cual, juguete cómico.
La primera lección, monólogo.
Las Marimoñas, sainete en dos cuadros, con música de los maestros Fuentes y Foglietti.
Los Florete, juguete cómico.
El sino perro, entremés.
El D. Cecilio de hoy, revista sevillana.
Boceto al óleo, juguete cómico.
Flores cordiales, inocentada con música de los maestros López del Toro y Fuentes.
La victoria del cake, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
La penetración pacífica, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
A la lunita clara, entremés.
A la vera der queré, sainete en dos cuadros, con música del maestro Alvarez del Castillo.
El gordo en Sevilla, sainete.
Para pescar un novio... paso de comedia.
El alma del querer, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Vives y Barrera.
La fuerza de un querer, comedia en un acto.
¡Por peteneras!, sainete en un solo cuadro, con música del maestro Calleja.
La casta Susana, opereta en tres actos, adaptación y refundición español

La canción húngara, opereta en un acto. Música del maestro Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto.

Me dijiste que era fea... comedia-sainete en tres actos (uno, prólogo.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos.

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Del alma de Sevilla. (Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces.) Prólogo de Rodríguez Marín, de la Real Academia. Epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—(Edición Garnier, hermanos, París; un tomo 8.º rústica, 3 ptas.)

Precio: 1,50 pesetas